

Nº16 JULIO 2023



ORTOGRAFÍA DE TU CUERPO

Desde aquí pienso...
en los puntos suspensivos y las comas
que sólo conocemos yo y tu cuerpo.
Ahora me invade no sólo la tristeza
sino la geografía del silencio.

Francisco Álvarez Koki

*Subir,
Bajar...*

Temporales de fin de semana

Por cortejar
la esquizofrenia que me besa
y que hace buscar en mí
una voz más precisa,
menos virgen,
algún verso que transite
escupiéndole a las bestias...

sigo
reventándome los sesos
sentado en el sillón, hablándole
a los poetas muertos:
musicalidad en el piano
de mis lamentos

Las fiestas no son para mí,
se desordena la casa.
Afuera, les chorrea el tiempo
y a mí me basta menos
de un minuto,
para pedirle disculpas
(continúa dentro...)

TEXTO Y FOTO:

JULIO TORRES SÁNCHEZ

la pureza de este día,
 su temblor, allá van las blancas
 y las negras, cuartas y octavas
 que barren la mugre alojada
 en este recipiente de emociones
 y eructo para limpiar al instante
 cualquier residuo de pena:
 Hoy, Payaso deprimido
 en el circo de las bandurrias.
 Un par de garabatos
 que no escribo
 y me pregunto
 ¿a dónde nos llevará el viento
 con tan poca plata?
 ¿al vacío? ¿al ex de la nada?

Ante el amor y sus años
 quise por la ventana
 entrar a la fuerza
 sacando con un lápiz *bic*
 las bisagras
 La desilusión nos hace niños
 Y recuerdas.
 Como cuando has olvidado
 las llaves
 y quieres entrar a casa y tumbarte.
 Quisiera estar dentro,
 hasta que el alacrán tatuado
 en mi brazo
 ya aparezca una mosca aplastada
 Cicatriz de un diluvio carnal.
 Guardaré la basura en una bolsa
 La dejaré en alguna esquina
 de la pieza de alojados
 -Me gusta llamarla así,
 aunque en realidad sea solo una
 pieza más chica-
 con olor a pasto mojado
 a la fruta de tu huerto
 al chicle masticado
 o trueno de mis pensamientos.

Quédate piola me piden las paredes.

Te
 Lo
 Pro
 Me
 to.

Bajándole la escala.



Pisé descalzo las conchas
 destrozadas por el delirio
 amanecí con el pecho
 aplastado por la culpa.

EN ESTE NÚMERO

Francisco Álvarez Koki
 Julio Torres Sánchez
 Leticia Chaurand
 Escritidor de sueños
 Markos Manchado Mateos
 Andrés Riquelme Peña
 Levine
 Darwin Redelico
 Ana Paulina Calvillo
 Miguel Ángel Acquesta
 Jessica Carrasco
 Damián Andreñuk
 Galvarino Orellana
 Aldo Ramón Padrón Sosa
 Reina Casals
 Lara Fortina
 Patxi Irdanguiren
 Yuliana Lizárraga
 David García Alonso
 Tomy
 Antonio Cano Lax
 Larissa Araújo da Cruz
 Índigo
 Jorge Etcheverry
 Rubén Don

Música Garganta

Ese día quería no hablar, quería ninguna palabra. Quería ser alingüe, usar la lengua para otras cosas, como lavar mi piel. Lo que quería, en el fondo, era música. Sólo música y nadie a quién entender o hacer entender. No quería hablar de música, ni saber si Schumann se cortaba la piel entre los dedos. Con la música quería unirme, unificarme, uniformarme, unifundirme. Así que decidí, después de largas consideraciones morales, entrar en una sinfonía.

Al principio no sabía a quiénes acercarme, cada quien era distinto. Sus diferencias me mareaban y me atraían. Quería tocarlos todos y tocar todas sus partes: órganos y serpentones pero también clavicémbalos. En una sala, un violín perseguía a un piano, como en sonata, y mi indefinición me fascinaba más todavía. Me gustaban todos y todas: las cuerdas y los bajos sobre todo. Quería probarlos, poner la boca en las flautas y en las trompetas ¡y sin sordina!

Entre las sombras, la viola; luego la queja de otro piano de lustrosa piel negra. Ahí buscaba las lengüetas de clarinetes y oboes, buscaba el hueco oscuro de las tubas. Buscaba con los labios recorrer armónicas, y con los dedos pellizcar ejecutando hábiles pizzicatos.

Quería vibratos y quería todo como lo quería: allegro, ma non troppo, pero luego sí, alegrísimo, ¡160 negras por minuto! Mis piernas esperaban, temblando, rozar el arpa que pronto estaría entre ellas. Tomar el control y dejarse llevar era lo mismo: tocar y volver a tocar. Todo tenía sentido. Eso era al fin lo que significaba armonía, tempo, hermandad, ¡amor! Le hubiera dado mi corazón a cualquier tambor para perpetuar su latido. Al final, la música venía de afuera y de adentro simultáneamente, hasta que luego era indistinguible su procedencia. Era un grito y un canto. Estaba en mi garganta, pero era mi garganta, era mis dedos y mis oídos.

Tuve la garganta llena de música después del último aliento.

Con Voz de
 Mujer Leticia
 Chaurand

Editorial**Un espacio para cada uno**

Vivimos tiempos de angustia, en los que urge expresarse ante el devastador silencio de la indiferencia. En España, los datos no son nada buenos: números récord en suicidios, para un perfil de varón (3 de cada 4) de 40 a 65 años (dos de cada cuatro, “trending topic”, que se dice ahora) y la perspectiva cada vez más evidente de un alto porcentaje (ya más del 25%) de hogares formados por una sola persona. Las mujeres lo intentan más veces que los varones. En países de occidente o del primer mundo, con la expectativa de vida más alta, muy baja natalidad y falta de relevo generacional, con la gente acumulándose en

megaciudades y despoblando amplias áreas del territorio, la soledad no deseada empieza a aparecer con sus devastadores efectos, a todos los niveles. No creo que ningún discurso político esté exento de responsabilidad, visto lo visto.

Las generaciones que vivieron las guerras del siglo XX sabían que lo importante era juntarse, en un bar, en un parque o plaza, pero juntarse. Parece que vamos siendo cada vez más inaguantables y eso es debido en gran parte a la facilidad con la que tenemos lo que tenemos y a que ya hemos, todos o casi todos, pasado de largo sobre muchos de los discursos que se nos han hecho. Hacen falta espacios de encuentro donde compartir de forma agradable. La primera necesidad humana, tanto ontológica como filogenéticamente hablando, es ser atendido. Y todo esto que venimos relatando se da justamente cuando el sector “servicios” más se ha disparado en las cuentas de personas y países de ese primer mundo.

Por eso son millones las de personas que, en todas partes del mundo, se dan a la literatura para expresar la queja y denotar la indiferencia ajena ante el propio dolor. Estamos cansados: no queremos cuentos... pero los necesitamos. Y ante esto triunfa el estar delante de una pantalla en las redes sociales ni más ni menos que como náufragos enviando su mensaje en una botella al mar. Siempre me parecen ridículos esos videos para hacerse el interesante y captar seguidores. Aunque en algunos haya talento, la mayoría son fórmulas comerciales basadas en la autoayuda...para explotarte mejor. Y si no, usamos el humor para olvidarnos un poco de todo, saliendo más atontados de nuestra risa. Y también con menos inocencia y esperanza.

Yo defino la Revista de Creación literaria y gráfica Caminante, como una revista que vive del presente, un crisol caleidoscópico de formatos y temas, estilos y sensibilidades que quiere estar viva para vosotros (nosotros) lectores y...escritores, fotógrafos, pintores y diseñadores, etc. Un lugar de encuentro que cada cual puede ejercer en soledad para su parabién, o en compañía de más gente, que, como tú, (como yo) hacemos todos eso para nuestro común solaz.

Intentaremos siempre escuchar tu opinión. Esta también es tu historia.



Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº16 JULIO 2023

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5 continentes,
previa solicitud. 450 lectores directos,
3108 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

Cartas al editor

Gracias, Daniel:

Cuando leí por primera vez la revista Caminante, recordé de manera inmediata los versos de Antonio Machado “caminante no hay camino, se hace camino al andar”. Y percibí que ese pudiera ser uno de sus objetivos. Muchas gracias, Daniel, por abrir el camino a caminantes que han elegido la senda de la escritura y para quienes, a veces, las puertas están cerradas. Al menos tú la dejas entreabierta para que poco a poco vayan apareciendo publicados los textos, que sin duda están escritos con la mayor ilusión y que, además, albergan gran interés para los lectores y un nivel cada día más considerable. Un cordial saludo de

Flor Cuadra

Muchas gracias por compartir.

Hermosa diagramación y contenido espectacular.

Un fuerte abrazo.

Y ya le hice la respectiva difusión.

Lena Barloz



Escalera

**JULIO TORRES
SÁNCHEZ**

Lucena, como no te voy a querer *Escritidor de sueños*

Vivir, estar o participar en todos aquellos hechos importantes que son la historia de un pueblo, o de un país es una entelequia, ya que no nos es posible vivir eternamente, pero hete aquí, que lo que es evidente es que lo que le debemos al juego de nuestra imaginación es incalculable y solo por ella y con ella podemos vivir, ensoñar, fantasear, coexistir y habitar un pasado.

Me he permitido unas pinceladas de un pasado. Un pasado de una gran ciudad, Lucena (Córdoba), un pasado que de poder haberlo vivido tal como lo narro a continuación es una utopía.

“Me hallo aquí enaltecido de poder viajar al pasado. No, no sabría decirnos en que siglo me encuentro pero estoy seguro que debo estar entre el siglo IX y el siglo XII, Me dirijo hacia Eliossana". (La Perla de Sefarad), tengo una carta de

recomendación que debo entregar a Ibn Gayyat. Pasaré un tiempo en su afamada Escuela Talmúdica, me dedicaré en cuerpo y alma al estudio no solo de la religión, sino que también abarcaré las ciencias y la poesía. Muchos años más tarde descubriré que en su cementerio judío descansan mis restos, habrían de pasar muchos siglos para que yo mismo lo supiera. Sí fue en año 2006 del siglo XXI, aquel perro quien escarbando la tierra halló lo poco que quedaba de mi osamenta, cogió mi cúbito en su ocico y se alejó de mi sepultura. Hoy me ha alegrado saber, que es sin duda la mayor necrópolis judía excavada y la mejor conservada de Europa. Son casi cuatrocientas tumbas las que han hallado, posiblemente de la época de mayor esplendor de Eliossana lo que me lleva a pensar que debí vivir y morir en los años comprendidos en el siglo X. No es me es permitido recodar mucho más de esta época.

No comprendo muy bien, que hago aquí, ¿acaso se me ha dado la oportunidad de vivir otra vida?, ¿o soy un mero viajero del tiempo? Si bien ya no sé si soy protagonista o un mero observador. Oigo el fragor de la batalla, estoy en 1483 es el mes de abril, me veo junto a un río llamado Martín González. He visto cómo ha caído de su caballo herido de muerte Aliatar suegro de Boabdil el Chico, el último sultán del reino nazarí de Granada. La mala suerte de este rey estuvo echada cuando quitó el trono a su padre y estuvo en disputa por este con él, como con su tío el Zagal.

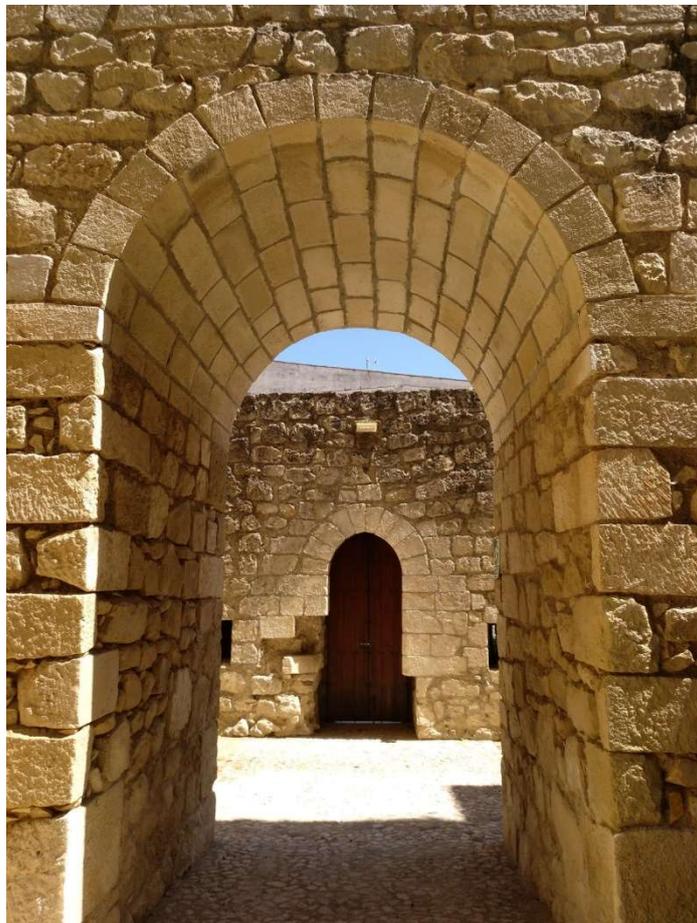


Volviendo a la batalla, Boabdil, comprueba que sus huestes huyen en desbandada, él intenta escapar pero su caballo queda atascado en el fango y trata de esconderse entre la vegetación, pero el peón de infantería natural de Lucena, llamado Martín Hurtado con la ayuda de otros infantes, consigue reducirle. La lujosa vestimenta hace pensar a los peones que el prisionero es alguien importante. Diego Fernández de Córdoba y Arellano, Primer marqués de Comares, lleva al prisionero creyendo que se trataba de alguien importante a una mazmorra del castillo de Moral, fortaleza de su propiedad.

Por aquí ando ahora, enredando en este castillo denominado como el castillo de Lucena, su peculiaridad es que se encuentra ubicado en el casco histórico. He sabido que se construyó en 1148 tras la llegada del imperio almohade. Fernando III de Castilla lo conquistó en 1240. Fue donado a la Orden de Santiago. En 1342, lo adquiere a cambio de unos terrenos la amante del rey Alfonso XI, Leonor de Guzmán que también había adquirido el castillo de Cabra, precisamente en este último lugar nació su hijo ilegítimo con el monarca, el que sería el futuro Enrique II. Leonor mantuvo la propiedad del castillo hasta su fallecimiento en 1351, cuando regresó a la Corona, en 1371 el rey Enrique II lo donó a Juan Martínez de Argote y este, cuatro años más tarde, a su hija María Alfonso de Argote, que había contraído matrimonio con Martín Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, quedando ya unido a este linaje familiar.

He visto a Boabdil antes de partir hasta el castillo de Cabra, ya que ha sido identificado por sus propios soldados, las noticias que he conocido antes de abandonar esta época es que, posteriormente lo entregaron a los Reyes Católicos. En sus ojos leí lo que más tarde supe, que él sería el último sultán del reino nazarí de Granada.

Sigo mi periplo viajero, me hallo en el palacio de los condes de Santa Ana. Es un palacio barroco del Siglo XVIII. Lo han construido la familia Mora-Saavedra, entre 1730 y 1750. Proviene de un linaje criptojudíos y judeoconvertos, atraídos por la fama que tuvo la ciudad en tiempos anteriores y la añoranza de morar en tierra de sus antepasados han decidido establecerse en Lucena. La fachada es magnífica, desde la portada se accede a un vestíbulo que da paso a un primer patio o apeadero, tras el cual se ubica el segundo patio, de planta cuadrada de composición estilística poco convencional. Entre ambos patios hay una escalera monumental dispuesta en perpendicular respecto al eje de la casa, una bóveda decorada con unas aparatosas yeserías, de un incipiente rococó, por lo que cabe fecharlas una vez mediado el siglo XVIII, quizás en torno a 1760. Por su estilo podría atribuirse a Francisco José Guerrero o a su discípulo Pedro de Mena. Esta escalera se enriquece asimismo con mármoles y azulejos en los peldaños, así como con barandales de bronce. ¿Qué hago aquí? He venido a traerle a D. Antonio Rafael de Mora y Saavedra quien posee un gabinete de antigüedades una estatua romana de Eros dormido, de mármol está datada del siglo II. Está esculpida en mármol blanco de grano muy fino y cristalino.





Supe que la estatua romana, desapareció, quizás fue escondida tras la invasión napoleónica de Lucena en los inicios del siglo XIX. Me ha congratulado saber que en año 2010 con motivo de la intervención arqueológica del edificio para su rehabilitación como centro de interpretación de la ciudad, ésta ha aparecido.

Sabed, que es al hijo de D. Antonio, D. Juan María de Mora y Pantoja a quien le fue concedido el título nobiliario de Condes de Santa Ana de la Vega por el Rey Carlos IV el 23 de enero de 1805 pero entre la concesión y la expedición del título muere Juan María de Mora por lo que se expide a nombre de su hijo Antonio de Mora Oviedo y Castillejo.

Estoy ahora en la Casa de Mora, ¡Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que estuve aquí! Hoy es 31 de junio de 2022. Los recuerdos me han venido a la mente corría el año 1599, el Padre prior nos ha ordenado al hermano Juan y a mí que bajemos a la cripta debemos colocar los restos mortales del hermano Martín en su lugar de reposo, su cuerpo ya ha pasado el periodo colicuativo, es decir, ya ha soltado todos sus líquidos.

La cripta está excavada en el subsuelo del claustro se trata de un espacio de unos 4x3 metros de forma rectangular, se accede por una escalera excavada y está cubierta con una bóveda de cañón. Me ha parecido hasta más grande verla vacía, solo habilitada como puesta en valor de lo fue. Este edificio anexo a la Iglesia de San Pedro Mártir de Verona fue el antiguo convento dominico fundado en 1575 por el obispo de Córdoba, hoy he sabido que en 1836 por el decreto de exclaustración pasó a formar parte de los Bienes Nacionales. En 1844 se subastó y pasó a la propiedad de Juan de Navas García. El edificio antes de pasar a la titularidad municipal fue fábrica de anises, molino de aceite y bodega. Conserva un espléndido patio manierista porticado con arcos de medio punto y columnas sobre basamento de pedestal. En su centro conserva una fuente rodeada de jardín y palmeras. Actualmente el edificio se ha rehabilitado. El proyecto ha recuperado el patio central porticado y un segundo patio trasero como espacios verdes abiertos para el disfrute de todos los ciudadanos. El resto del edificio se diseña de manera versátil para diversos usos funcionales tales como exposiciones, docencia, usos sociales, reuniones, etc., con un total de 11 salas repartidas en las tres plantas. En realidad solo el patio y la cripta me recuerdan a cuando yo lo habité, pero sin duda su puesta en valor ha evitado su pérdida ya que más de una década cerrado por su estado ruinoso le hubiesen llevado a su desaparición”. Tras este delirio, una realidad, tú también puedes llevar tu imaginación a límites insospechados, tú también puedes recordar, fantasear, soñar..... Te animo a vivir los grandes acontecimientos del pasado no solo de esta ciudad, sino de todas aquellas que han apostado por la puesta en valor en su patrimonio histórico y que nos facilitan los medios para vivir los grandes acontecimientos del pasado, de un pasado que como en el caso de la hermosa ciudad por la que hoy he caminado entre su pasado, su presente, y aun cuando no vivas en ella, acabará enamorándote, para decir sin rubor Lucena, como no te voy a querer.

Selva mágica.

Markos Manchado Mateos



Al anochecer, los pétalos se cerraban sistemáticamente. Era tarde y sentía miedo. Se puso de cuclillas, saltó al interior de la planta y tras el salto, como era de esperar, los pétalos se cerraron. Eran suaves y acogedores. Le protegían del frío exterior y de las bestias del lugar. La planta comenzó a desprender un líquido verduzco y apetecible. Al probarlo, una sensación de paz se apoderó de él. Durmió apaciblemente, sabiendo que sobreviviría, al menos, una noche más en aquella selva mágica a la que no sabía cómo había llegado.

Pida su ejemplar
de la Revista en
el email

espejocaminante@gmail.com

Visite la web del editor

Escritordaniel.es

¿Llegará o no llegará?

Andrés Riquelme Peña

¿Llegará o no llegará? Es una pregunta que se hace varias veces Claudia Martínez el día de hoy. Sale corriendo de su casa tras haber confirmado unas cinco veces que el gas estaba apagado y que no corría agua de la manguera del patio trasero. No deja de pensar en si llegará o no llegará. El día de ayer fue difícil y esa dificultad aportó a que Claudia durmiera poco y estuviera más preocupada que de costumbre. Su jefe la llenó de trabajo y tuvo que quedarse trabajando hasta las dos de la mañana. Claudia piensa que esto suele ocurrir porque ella no pone límites, pero también sabe que su jefe es un cuico a quien no le importa nadie más que el mismo y su familia. Espera algún día poder dedicarse a su carrera y dejar estos trabajos de sobrevivencia.

Claudia tiene unos pensamientos muy particulares. No es que esté cerca de la locura ni nada, sabe perfectamente dónde está parada, solo que muchas veces sus obsesiones le juegan una mala pasada. De repente siente que es la única persona del mundo y que todos los demás son fruto de su imaginación. Y no es que sea egocéntrica, egoísta, ni poco empática, sino que solo es un terror que se le pasa por la cabeza de vez en cuando, pero sabe, racionalmente, que no tiene sentido. Otras veces piensa que cuando se muera, no es que sea suicida ni nada, no se va a poder morir y va a quedar atrapada en un loop infinito de consciencia y angustia, sin poder obtener respuesta alguna de su cuerpo fallecido. A veces cuando está muy ansiosa, y este pensamiento le avergüenza porque no es tan profundo como los otros, teme tomar los pasamanos del metro por miedo a que contengan alguna droga de contacto. Muchas veces ha estado a punto de caerse, y cuando la gente la mira con preocupación o risa, ella hace como que se resbaló o que se le quedaron atascados los cordones de los zapatos. Es decir, un personaje, aunque está lleno de personajes como ella. Si la mente no fuera una caja negra nos daríamos cuenta de que todos somos especiales, por no decir raros.

Claudia llega corriendo al paradero evitando pisar las líneas de la vereda. A los pocos minutos pasa la micro. Sube, saluda cordialmente al conductor y se va parada a pesar de que quedan varios asientos disponibles. No le molesta, así evita gérmenes innecesarios, pero este viaje en particular es desagradable porque el micrero dobla sin reducir la velocidad en las curvas. —¡No lleva animales, caballero! —gritó una señora. A Claudia le pareció que era una persona muy fina como para andar en micro. Le recordó a su jefe y puso cara de asco. Pensó en decirle que sí llevaba animales, pero quiso ahorrarse el mal rato. Seguía preocupada en si iba a llegar o no.

Cuando llega al metro se da cuenta que salió con mucha anticipación de su casa. Le da rabia, pero piensa que igual es bueno porque así puede pasar al baño por si acaso. No toma los pasamanos del metro, aunque sí se afirmaba en los de la micro, y va haciendo malabares con su cuerpo para no caerse. Parece que es más fácil para los delincuentes drogar a las personas en el metro que en la micro. Mientras va

pasando por las estaciones recuerda las vacaciones de verano del año pasado con su familia y solo desea viajar en el tiempo para poder vivirlas de nuevo. La feria artesanal, caminar por la arena, bañarse en el mar, jugar carioca. Las memorias empiezan a desvanecerse y se pone a pensar en cómo a Dumbledore se le pasó que el profesor Quirrell tuviera a Voldemort en su nuca. A pesar de amar la historia de Harry Potter, cada vez la encuentra menos verosímil. Estos pensamientos se ven interrumpidos por un señor que se sube a cantar canciones de Chayanne. A Claudia le pone nerviosa que cante tan cerca de ella y que esté sin mascarilla. Desde que el gobierno quitó la obligatoriedad de las mascarillas su ansiedad ha subido. Tiempos gloriosos le dice ella, en broma, pero no tan en broma, a los tiempos de mascarilla y cuarentena. Camina por el tren para alejarse del cantante y escucha a lo lejos que dice “fuistes un trozo de hielo en la escarcha”. Claudia piensa que cómo se equivoca si debe haber escuchado muchas veces la canción para poder cantarla. Aparte de los gérmenes, pocas cosas le molestan más que la gente hable mal y escriba con faltas de ortografía. Luego escucha “fuistes tantas cosas a la vez, que me cuesta creer, que hoy no sea nada”. Le da risa lo absurdo de la situación y concluye que no hay esperanza en la humanidad.

Llega al edificio con media hora de anticipación. Saluda al conserje y sube directo a la oficina. Se lava las manos y aprovecha de pasar al baño. No tenía nada que expulsar, pero así se aseguró de estar tranquila para la sesión. ¿Llegará o no llegará? Empieza a ponerse nerviosa. En su celular pone unos mantras tibetanos y al rato puede respirar sin problemas.

Suena el citófono y corre a contestar. El conserje le avisa que llegó una visita y Claudia le dice que suba, que lo espera con la puerta junta.

—Qué bueno que llegó —le dijo el paciente mientras le corría el sudor por la cara—. Pensé que como habíamos confirmado hace un mes, puede que se le haya olvidado. —Recuerda que es parte de los desafíos de la terapia que no tengamos que confirmar las horas —le dijo Claudia, con una sonrisa en la cara—. Así que te felicito Javier. ¿Cómo te has sentido?

Aldo Ramón Padrón Sosa

Fieles difuntos

Rosa, caminó hasta el espejo donde la esperaba una vela, el cuarto lúgubre la obligó a encender una luz, miró su rostro reflejado en el vidrio y acarició una profunda cicatriz que había en su frente. El tabaco humeante de Manolo dejaba un olor desagradable en toda la habitación, su frente destilaba un sudor oscuro, producido por el polvo de la piedra de afilar cuchillas y rebajar suelas de zapatos. El pie derecho no descansa de pedalear en la máquina de remendar el cuero.

— ¡Rosa! ¡cuélame un trago de café pa levantar el ánimo! - gritó Manolo pasando un trapo por la frente que hizo más sucia su fachada.

Alegre, corrió a cumplir la orden, había amanecido exhausta. Manolo había cumplido con sus obligaciones de macho, ella, había disfrutado su rudeza agotadora. El café, estuvo en un dos por tres. Con una sonrisa en los labios le ofreció la taza con el humeante líquido a su hombre.

Manolo, bebió un sorbo y al instante escupió el contenido del envase, arrojándoselo a Rosa con todas sus fuerzas sin darle tiempo a esquivar el golpe. Solo se escuchó un grito y los vecinos corrieron, no era la primera vez.

El hospital, la sangre, la sutura, la cicatriz. Asfixió el fósforo que casi le quemaba los recuerdos, apagó la luz y borró su mente...

ANATOMÍA DE UN KNOCKOUT 1

“los mejores nos ignoraron
los peores nos atormentaron
ahora la vida ha dado un vuelco”
-los krelboynes-

Tommy Morrison

Solía salir con chicas duras
Iba a clubs nocturnos de poca monta
despilfarraba el dinero
Noqueado al primer asalto en 1989
en su primera pelea como profesional
Golpeado por su padre con una
antena de televisión
-Lo mismo que cientos de niños-
Por negarse a ganar el pan de cada día
con sus puños y la sangre de otros
No tuve un padre educado
lamentaría tiempo después
Cinco veces campeón amateur de los
pesos pesados de los Estados Unidos
-desde ahí las estrellas se ven tan
hermosas diría años más tarde-
Ganador en dos ocasiones del premio
Golden Gloves
Mismos que empeñó en Manhattan
una noche de cocaína y malas
decisiones
Que lloró
peleó
y trastabilló
en las calles de las grandes ciudades
desde que tiene memoria
y que, en casa de su hermana, una
tarde de navidad, intentó suicidarse
Mientras escuchaba a Little Richard
maullar su conocido
Awop-Bop-a-Loo-Mop Alop-Bam-Boom

Tommy Morrison,
noqueador de perdedores
Que aprendió con discriminación

soledad
insultos
persecuciones

**A amar a los fracasados
A los humillados por la fortuna
A esos dioses de barro
que, noche a noche,
caen indefensos en catres
hediondos de homeless
donde los perros y las ratas viven
sin vergüenza
unos a lado de otros**

**Tommy Morrison tigre herido por el miedo
Que envejece por las calles de New York
A la deriva del amor de los ángeles
bajo el desconsuelo de las estrellas
Me pide cinco dólares y me cuenta
que todo el tiempo tenía miedo de
subir al cuadrilátero
Pero que más temor le reservaba
a su padre
y a su antena de televisión.**

Levine

ilustración: daniel Molina



LETANÍAS DEL AQUELARRE SOCIOECONÓMICO

**Dor favor no me encierres
en tu tarro de cristal
con una o mil etiquetas:
borracho
adicto
pobre.**

**Dor favor no me encierres
en tu tarro de cristal
con una o mil etiquetas:
loco
tonto
pobre.**

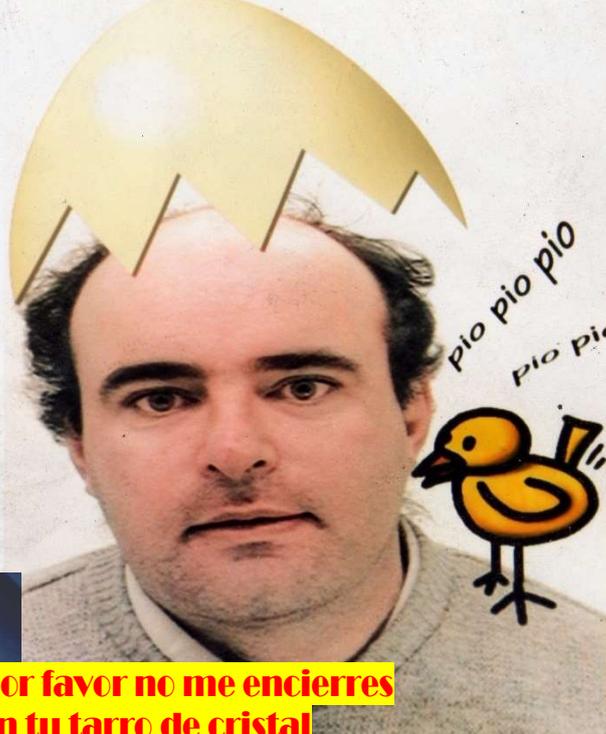
**Dor favor no me encierres
en tu tarro de cristal
con una o mil etiquetas:
poeta
perroflauta
pobre.**

**Dor favor no me encierres
en tu tarro de cristal
con una o mil etiquetas:
mal amigo
mal amante
pobre.**

**Dor favor no me encierres
en tu tarro de cristal
con una o mil etiquetas
mal hijo
mal padre
pobre.**



Daniel Collado Azorín



**Dor favor no me encierres
en tu tarro de cristal
con una o mil etiquetas:
gordo
miope
pobre.**

**Dor favor no me encierres
en tu tarro de cristal
con una o mil etiquetas:
mentiroso
perdedor
pobre.**

**Dor favor no me encierres
en tu tarro de cristal.**

Obra protegida por derechos de autor

Sexto poemario del autor. En él y con su acostumbrado tono coloquial realiza un viaje vital para descubrir y descubrirse. Las realidades duras de la vida se presentan aquí como parte de una lucha en la que el protagonista tiene algo que decir y algo que escuchar, resumiendo lo aprendido e invitando a seguirle. El poemario se conforma con una gran unidad discursiva, plena de recursos rítmicos y retóricos a la vez que en ocasiones nos presenta una poesía desnuda de artificio para dejar claro lo que está ocurriendo en la vida de todos, no solo del protagonista. El yo hablante se integra a través de una peripecia vital en la sociedad en que vive, buscando su oportunidad y mostrando sus luchas y desvaimientos.

El estilo de Daniel Collado es bastante directo, de tono coloquial y con amplitud de recursos retóricos y estilísticos, destacando más por el ritmo que por la metáfora, pues el ritmo es su principal virtud. Sus poemas, no exentos de complejidades llegan con gusto al lector, tanto al joven que empieza como al experto en lecturas de poesía.

Daniel Collado Azorín (Madrid, 1970). Activo participante de la vida cultural madrileña, en micros abiertos de poesía y en recitales propios, ha publicado otros cinco poemarios: *Ensueños de fría sombra* (2012)



LA PIRÁMIDE

DARWIN REDELICO

Al atardecer, de camino a su casa, el moreno alto entró a un supermercado a comprar unas cervezas. En la caja lo atendió un venezolano regordete. Éste le solicitó un billete más chico pues no tenía cambio. El moreno alto le increpó “que si se pensaba que él era un banco” y que no le iba a dar nada. El cajero se negó a cobrarle. Ante la sorpresa del resto de la fila, comenzaron a discutir hasta que el moreno le gritó, “¡muerto de hambre!” y lo golpeara hasta dejarlo tumbado en el piso. Lo golpeó por inmigrante y por obcecado.

A las 5 en punto de ese día el moreno alto cerró las puertas de la oficina estatal de la que es conserje. En ese instante, una joven pelirroja que había bajado de un bus llega para hacer una gestión. La atiende desde atrás de la puerta, y la joven intenta hacerle comprender que ése era el último día para la gestión y que en la página del organismo se anunciaba que la hora de cierre era 5:30. Ante la reiterada negativa, le vociferó: “Ya vas a ver lo que te va a pasar, ¡negro de mierda!”. Lo insultó por negro y por intransigente.

A media tarde, una joven pelirroja está ubicada en el asiento destinado a personas mayores de un bus. De pronto, una vieja encorvada sube al mismo, paga y lanza una mirada furibunda destinada a la chica que iba leyendo. Desafiante, la vieja encorvada se le pone adelante y le comienza a gritar delante de todos: “Ese asiento me corresponde mocosa desvergonzada. ¡Atrevida!”. La humilló por joven y por ecpática.

Corría el mediodía y una vieja encorvada completamente distraída cruza por una avenida. Un taxista calvo debe frenar violentamente. Al enfrentarla asoma su cabeza por la ventana y le chilla: “Fijáte por donde caminás, ¡vieja boba!”. La reprendió por vieja y por distraída. Era temprano en la mañana y el taxi se detiene ante la luz roja del semáforo. El taxista calvo se distrae revisando su celular y no percibe el cambio de luz. Tras él, una mujer rubia que iba hacia su propia empresa comienza a tocar la bocina ininterrumpidamente, haciendo que los peatones se detengan a observar. Lo evidenció por obrero y por abstraído.

Al comenzar la jornada la mujer rubia discutió con su esposo. Éste le recriminó agriamente que no le hubiera avisado con tiempo que debía ir él a buscar a sus hijos al colegio. La acusó de desconsiderada. Le reprochó por mujer y por egoísta.



Nombre no es destino Ana Paulina Calvillo

Hubo un tiempo en el que esto era la vida. Aún sin terminar la frase, una risa burlona se me escapa por lo maniqueo del pensamiento. Pero sé que es cierto, que en otro tiempo lo cotidiano era salir disparado tras el impulso morboso, más que por el oficio; tomar el autobús o abordar el avión y rentar un coche -en el mejor de los casos, en la mejor de las ciudades- y perseguir la nota. Esta vez es distinto, aunque se parezca tanto. Allí está, esa palabra, el parecido. Porque el puro nombre es casualidad y no me refiero a eso; llamarse Santiago no es extraño y menos allá: ¡Sancte Jacobe! era el grito de los cristianos en la reconquista de España; luego los cristeros lo adoptaron por acá. Sé perfectamente que nombre no es destino, que no es tan sencillo, pero el Santiago de Elche se parece tanto a mi Santiago que la analogía va haciéndome dudar de la sentencia.

Dicen los medios -todos ellos, como si fueran una misma voz que repite autómatamente sin capacidad de análisis- que le quitaron el wifi, que había bajado su rendimiento académico y que fue con el arma de caza -el arma de casa-, el arma de caza que su padre tenía en la casa, sin protección, tan a la mano. Hoy, que es políticamente incorrecto ser un cazador por placer, por deporte; hoy, que apenas rompemos la crisálida impuesta por la pandemia, el confinamiento tan férreamente obligado en España; hoy, que políticos e intelectuales en el viejo continente debaten la prohibición de los dispositivos para los menores.

Santiago de Elche. Así, con el gentilicio porque del patronímico nos sabemos nada -derechos humanos-. El chico adicto a los videojuegos que mató a su madre porque le dijo que era un vago. ¿Cómo se lo dijo?, ¿cuáles fueron sus palabras, la combinación exacta que encendió la mecha? ¿Qué fibras sensibles tuvo que tocar ese castigo -ese insulto- para que no hubiera vuelta atrás, para que siguiera con su hermano y más tarde, cuatro horas dicen los medios, con su padre? Porque ni aquel chico sin apellido ni mi Santiago, Santiago de Coyoacán, lo habrían hecho así nada más, uno por depresión y el otro por un regaño.

Que era una familia normal, dicen los amigos; que no era un chico violento, declararon los compañeros. Los vecinos contaron que seguido veían a los hermanos encostando en el jardín. La alcaldesa de Alicante se cruzaba con ellos en el Camino Viejo: los cuatro paseando juntos en bicicleta. Todo está en los medios, incluso en el YouTube tan omnisciente. Una familia normal, como era la nuestra. Una que se levanta todos los días con el pie derecho; que desayuna hotcakes con tocino y jugo de naranja natural. Una familia que va a la iglesia los domingos y de campamento en el verano; que compite con los amigos y presume el triunfo de todos sus miembros.

La sensación de la mano de un dios enorme agitando el avión hace que la azafata tome asiento y se ponga el cinturón. Los ojos crispados en las caras pálidas anuncian la posibilidad de pánico. A mí la sangre se me adelgaza con los recuerdos, no con las turbulencias; se va haciendo más líquida y presiento que nunca volverá a coagular, que puedo desangrarme por completo si jalo con los dientes el pellejo del pulgar; sospecho que,

Que era una familia normal, dicen los amigos; que no era un chico violento, declararon los compañeros. Los vecinos contaron que seguido veían a los hermanos encostando en el jardín.

si no comprendo, si sigo sin entender por qué Santiago... qué fue lo que provocó la desdicha de mi hijo, terminaré por volverme líquido todo yo, órganos y huesos, uñas y pelos.

Aún conservo la identificación del periódico, la he vuelto a poner en la cartera. La llave mágica que abre las puertas de los teatros y los eventos privados. ¿Funcionará en la correccional? Por supuesto que no, lo digo con certeza. ¿A qué demonios voy entonces?, ¿con quién me pienso entrevistar?, ¿qué historia es la que busco cuando ya no tengo que escribir la nota?

Voy por esos tres días. Los días en que Santiago de Elche siguió viviendo como si nada hubiera pasado; o mejor aún, como si hubiera sucedido un milagro: sus padres sentados a la mesa -los dos juntos- tratándose con amor aún en la intimidad; su pequeño hermano sonriéndole como hacen los hermanos menores, con admiración y lealtad. Ya no hay puertas cerradas y toda la familia se mueve libre por la casa; con un poco de su ayuda se sientan a ver la televisión, juegan con la PlayStation y él envía mensajes desde los celulares de sus padres para que el resto del mundo no rompa la burbuja. Lleva a mamá a la cama y la acomoda en la posición más sensual que puede imaginar para que ella espere en lo que baja por papá; reúne a los amantes sin advertir los orificios donde ya se ha secado la sangre. Lo imagino creando los parlamentos como un dramaturgo o, mejor aún, como un ventrílocuo que domina la escena.

Santiago de Elche alargando su milagro mientras mi Santiago no pudo imaginar ni un día más; o quizá lo imaginó, un día y otro, un futuro que no estaba dispuesto a vivir. Santiago, Jacobo, Santi, lago, Jaques, James, Giacomo, todos uno y el mismo nombre. El grito de guerra cristiano *Sancte Jacobe!* -que recuerda al desertor arrepentido y desmembrado hasta la muerte-. El Yago de Shakespeare, el traidor y astuto demonio, amante de la manipulación.

Pero nombre no es destino, lo sé o quiero creerlo. Santiago de Coyoacán, mi Santi, no es Yago, ni Jacobo al que volvieron santo; mucho menos -ahora lo sé- se parece a Santiago de Elche y su crimen no fue odiar a los demás sino a sí mismo. Su nombre ya era viejo y estaba salado, me lo trajo el mar; este océano que

ahora cruzo sin motivo alguno, queriendo dar la vuelta y regresar.



Tareas en la madrugada

Miguel Ángel Acquesta

“Allí la gente no necesitaba soñar con cosas terribles. Vivía entre ellas”. Apartamento 16 (2010), Adam Nevill, Villa Urquiza, Capital Federal, agosto de 1976.

Alrededor de las cinco de la mañana los despertó una fuerte detonación seguida de varios sonidos de disparos de armas de fuego. Pegaron un salto de la cama. Sonaba todo muy cercano. Un fuerte ruido proveniente del motor de un helicóptero cubrió el ambiente. No se animaron a levantar las persianas de la ventana para mirar hacia afuera. Caminaron sin prender las luces hasta el lavadero que tenía un sector abierto por el que se podía ver el exterior. Los sonidos continuaban, disparos aislados y alguna que otra explosión. Una vez en el lavadero en principio no vieron nada extraño. De pronto el ruido del motor se hizo más presente y apareció sobrevolando la zona a baja altura, se trataba de un helicóptero que iluminaba todo con dos grandes reflectores. Al parecer se concentraban en un edificio de la misma manzana en la esquina de la plaza Echeverría. Emitía un mensaje por altavoz informando que se trataba de un operativo conjunto de las Fuerzas Armadas. Ordenaba a la población permanecer en sus hogares hasta nueva orden. La aeronave giró lentamente y acercándose enfocó sus luces en el edificio donde ellos vivían. Aterrorizados volvieron casi empujándose a la habitación.

Se trataba de un inmueble de ocho pisos con cuatro departamentos por planta que había sido construido por el Banco Hipotecario. Estaba ubicado en Villa Urquiza, justo en el extremo opuesto de la manzana del lugar donde se había iniciado el operativo. En diciembre del año anterior se habían adjudicado las viviendas por sorteo entre las personas inscriptas un par de años atrás en el Plan de Viviendas del gobierno que resultó depuesto por un golpe de estado el veinticuatro de marzo de ese año. Los habitantes resultaban una población variopinta acorde a ese origen azaroso, tan distinto al modo como se accede a un departamento en el marco de la economía de mercado. El dinero genera cierta homogeneidad social. Las unidades del frente de cuatro dormitorios albergaban familias numerosas y las del contrafrente de dos tenían composición diversa. Ellos eran los más jóvenes con sus veintitantos años. El hecho de ser joven era un problema en esa época. Todos los jóvenes resultaban sospechosos. En el caso particular de Ellos se sumaban otros elementos peligrosos. Él era estudiante de Sociología y por ende un potencial subversivo para la dictadura. Ella había integrado el cuerpo de delegados de la Standard Eléctric, en Martínez, donde trabajó como operaria hasta fines del setenta y cinco. Resultó despedida ese fin de año junto a muchos otros obreros y empleados por esa causa. Ese cuerpo de delegados era combativo, es decir defendía los derechos de los trabajadores y por eso estaba enfrentado al gremio oficial proclive a negociar con la empresa en otros términos. Lo

que en su momento vivió como una desgracia resultó ser su salvación un año después. De algunos de sus ex compañeros no se sabía nada desde unos meses atrás.

Nadie sabía que pasaba pero cada día se veían operaciones militares de ese tipo en las ciudades de todo el país. Vehículos particulares levantaban personas en la vía pública. Grupos militares establecían controles vehiculares de autos y colectivos en todas partes y en ellos casi siempre algunas personas resultaban detenidas. Circulaban rumores que generaban temor. Se formalizaba el clima de terror que se venía gestando desde tiempo atrás. Muchos de los que habían contribuido a crearlo se habían ido del país. La gente común lo padecía aquí.

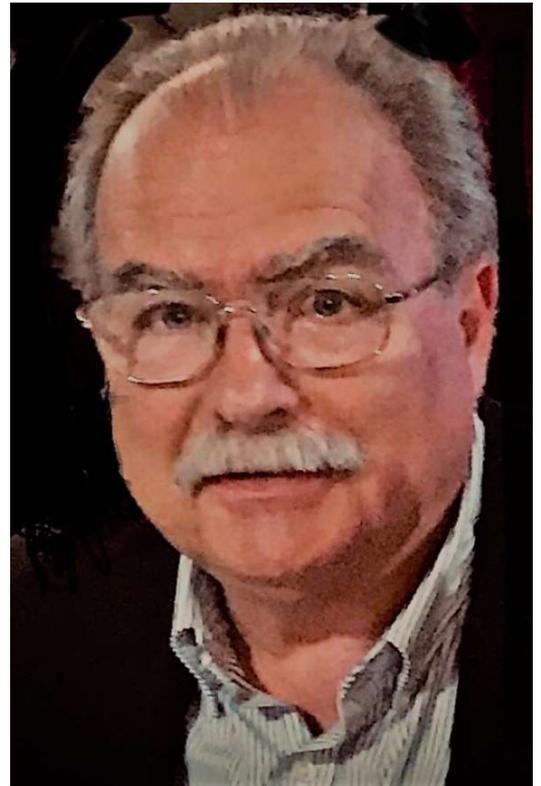
Los sonidos quedaron reducidos a los del motor del helicóptero. Las detonaciones que venían del lado de la plaza Echeverría cesaron. Ellos permanecían sentados en la cama revuelta. Paralizados. Sin saber que hacer. No se animaban ni siquiera a hablarse en voz baja, como si pudieran ser escuchados. Ella estiró su brazo derecho hacia él y se tomaron de las manos. Ambos notaron la transpiración en los dedos del otro. Estaban aterrorizados. Se cruzaron sus ojos y las miradas señalaban que no tenían salida. Un intento de dejar el lugar en medio de un operativo de esa naturaleza era un suicidio. Solo les quedaba esperar su destino dentro del departamento, casi vacío de muebles y objetos. Se habían mudado ocho meses atrás y se les hacía difícil equiparlo con sus bajos ingresos. Un refugio pobre y algo inhóspito.

El ruido de los ascensores los sobresaltó. Evidentemente habían ingresado al edificio. A esa hora en un día de semana nunca había tanto movimiento de vecinos. Tomados de la mano caminaron descalzos hacia el living, un ascensor se detuvo en algún piso superior. El otro paró en el quinto. Las puertas corredizas se abrieron y cerraron violentamente. Él miró por la mirilla. Varios hombres se movían sin el menor cuidado por el pasillo. Miraban cada puerta. Uno de los visitantes, alto y corpulento, se paró frente a la de ellos. Tuvo la fantasía de que el tipo lo podría ver y se agachó. Se escuchaban los pasos y ruidos afuera. Ella aprovechó para mirar a su vez por el visor pero también se asustó y retrocedió. Pudo ver que estas personas llevaban armas cortas en sus manos. Esperaban las patadas de esos extraños rompiendo la frágil madera de la puerta y a los cuatro militares abalanzándose encima de ellos. Una voz imperativa se escuchó desde arriba y automáticamente los hombres subieron las escaleras hacia el piso superior, con el estruendo de sus botas golpeando los escalones con fuerza. Ellos, sentados en el piso de flexiplast verde claro miraban la puerta sin poder moverse. Escucharon los ruidos de la madera que se rompía y las voces y sonidos de gente que se movía,

Ellos, sentados en el piso de flexiplast verde claro miraban la puerta sin poder moverse. Escucharon los ruidos de la madera que se rompía y las voces y sonidos de gente que se movía, al parecer en el piso de arriba

al parecer en el piso de arriba. Los ascensores comenzaron a subir y bajar. Algún grito, voces, quejidos, objetos que caían, todo con el ruido de fondo del helicóptero que seguía sobrevolando el lugar y emitiendo el mensaje instando a no moverse de las casas. Después de unos minutos que para ellos resultaron interminables, volvió el silencio. Ninguna puerta de los departamentos del quinto piso y con seguridad del resto del inmueble se abrió. Volvieron a la habitación, se tiraron a la cama y agarrados de las manos rompieron a llorar entre convulsiones.

A las siete de la mañana Él salió apurado para no llegar tarde a su trabajo como empleado administrativo en una dependencia del Ministerio de Defensa. No se cruzó con ningún vecino. El portero limpiaba con esmero el espejo del Hall de entrada. Se saludaron evitando entrar en diálogo. Un rato después Ella cruzó a la parada de colectivos a esperar el 71 que la llevara al comercio de Puente Saavedra donde había conseguido un trabajo de media jornada. Desde enfrente comprobó que el edificio estaba igual que siempre. Ninguna señal visible de lo que había sucedido esa madrugada. El departamento A del sexto piso quedó vacío por un tiempo. Nunca más vieron al matrimonio de mediana edad que a veces cruzaban en el hall de entrada ni a los niños. Al poco tiempo se mudó allí una mujer con sus tres hijos. Se comentaba que era la esposa de un capitán de la marina que había muerto a manos de un grupo terrorista. Nunca supieron si esas versiones eran ciertas. Nada era seguro en ese tiempo y no convenía hacer preguntas.



+Villa Urquiza estaba en la zona militar de la ESMA cuyos genocidas se agrupaban en los denominados “grupos de tareas”



1.8

A cincel y martillo

LA GALERÍA

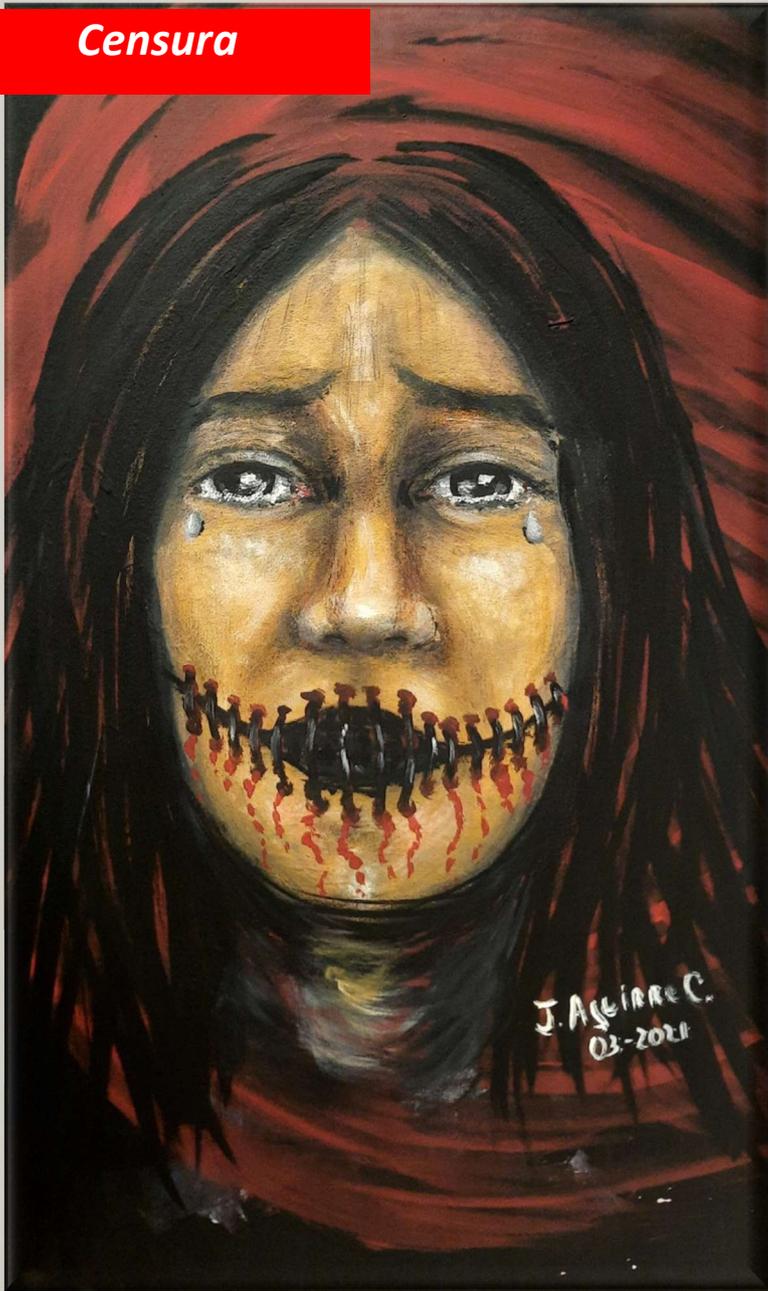
La galería es un espacio de longitud diversa donde los artistas plásticos (pintores, escultores, fotógrafos, ilustradores) pueden mostrar al público sus obras

Jessica CARRASCO

Broken Soul



Censura



Desdecir



De piedra



Saberes

Sé de pagar con hambre mi poesía
de huellas y dolores que me nutren
de la tensión de cobra erguida
de la insistencia en el mirar de la lechuza
de la ferocidad de león acorralado
de horas muy suaves dormitando días enteros
de horas violentas como tigres o ametralladoras
de botellas en las veredas
de prostitutas desalmadas
de otra vez el dolor
de grandes edificios derruidos
de perros aullando a sirenas de bomberos.

Sé de albatros y escorpiones
de buscar una tibieza que me salve
de la lucha sangüinaria por hembra o territorio
de animales inocentes en prisión con cadena perpetua
de apatía odio encumbramiento
de olor a carroña a exilio a incoherencia
de lunas nuevas eclipses equinoccios
de tumbas demonios vanidades
de una hipnótica belleza de mantis orquídea
de una enferma sociedad medicada torpemente
de la traición de viles hienas
de enaltecer un sin embargo.

Damián Andreñuk

¿HASTA CUANDO?!

Galvarino Orellana

A pasos agigantados se acerca la Navidad. Es un día de fiesta en el planeta, sin embargo, para muchos migrantes le lleva de regalo dolor y malos recuerdos. Algunos tienen su situación regularizada, pero otros, viven esperando o simplemente son clandestinos en el Viejo Mundo y son aquellos que, acorralados por la miseria y la guerra, huyen para escapar del hambre y la muerte. Nadie, en esta fecha, se acuerda de ellos, empero pululan por las fronteras y calles de Europa, buscando en esos países, saciar el apetito de sus huesos, más son perseguidos, detenidos y expulsados como si fueran el cáncer de sus problemas. Samir es uno de los tantos refugiados que vive clandestino en Suecia. Cada día sale a trabajar a las 6 de la mañana y vuelve por la noche a la pieza que le arrienda un coterráneo. Solo tiene libre fin de semana por medio, durante esos días no va a ninguna parte porque su pasaporte está vencido y siente temor que la policía le pida su identificación y lo mande devuelta a su país.

Hoy, ha dejado ese temor de lado y camina con determinación en dirección al centro, quizás para dar una vuelta por la ciudad para alimentarse de los recuerdos que dejó en su país durante esa fecha. Él, observa la gente pulular por las calles, entrando y saliendo de los negocios con regalos de Navidad y con la cara llena de felicidad, pero, otros como él, no pueden comprar nada o simplemente buscan una mano amiga o una compañía para ese día.

Lo observo, unas lágrimas rebeldes corren por sus mejillas que seca con su antebrazo., un suspiro de impotencia sale de su garganta, mira con tristeza y dolor como la Nochebuena llega y está presente en los árboles de Navidad, pero que lleva en sí toda la pena de los emigrantes e ilegales. Él, piensa en su familia que quedó allá lejos en su país, que no tendrán una cena ni tampoco un regalo porque la esperanza cansada se cruzó de brazos. Contempla el cielo, se toma la cabeza y sabe que vive solo a miles de kilómetros de su hogar, que mora en una pieza esperando que los días corran por la geografía del calendario, y ruega la suerte, lo acompañe en su peregrinar. A su alrededor, las pestañas de la noche reciben la angustia de todos aquellos migrantes que viven con la ilusión de un nuevo día.

Observar a Samir y a muchos como él, no es para alegrarse ni menos hacerse el sueco, al contrario, pienso en los millones de niños que jamás tendrán un regalo de navidad, solo hambre, miseria, Navidades bajo los puentes y escombros el modelo económico y la guerra les regalarán. ¡Cómo me duele el alma por tan aberrante realidad! ¡Cómo es posible que en pleno siglo 21, el sistema económico neoliberal y sus mercaderes de la muerte sigan avasallando las familias que, reunida en los ghettos y bajo escombros, el único regalo que recibirán será un estómago muerto de hambre! ¡Hasta cuando debemos seguir escuchando a los Analistas y los Mercaderes de la guerra y de la Miseria decir -son solo daños colaterales, costo mínimo que hay que pagar para que el sistema pueda funcionar y el 1% puedan disfrutar !-.

Trato de huir de estos pensamientos, olvidarme de Samir, sin embargo, no puedo, cada día está presente esa dramática situación que me recuerda que debemos seguir luchando, aunar fuerzas y lograr el consenso en el mundo para algún día, cambiar esta trágica y monstruosa realidad.



Aldo Ramón Padrón Sosa**Fieles difuntos**

Rosa, caminó hasta el espejo donde la esperaba una vela, el cuarto lúgubre la obligó a encender una luz, miró su rostro reflejado en el vidrio y acarició una profunda

cicatriz que había en su frente. El tabaco humeante de Manolo dejaba un olor desagradable en toda la habitación, su frente destilaba un sudor oscuro, producido por el polvo de la piedra de afilar cuchillas y rebajar suelas de zapatos. El pie derecho no descansa de pedalear en la máquina de remendar el cuero.

— ¡Rosa! ¡cuélame un trago de café pa levantar el ánimo!
- gritó Manolo pasando un trapo por la frente que hizo más sucia su fachada.

Alegre, corrió a cumplir la orden, había amanecido exhausta. Manolo había cumplido con sus obligaciones de macho, ella, había disfrutado su rudeza agotadora. El café, estuvo en un dos por tres. Con una sonrisa en los labios le ofreció la taza con el humeante líquido a su hombre. Manolo, bebió un sorbo y al instante escupió el contenido del envase, arrojándose a Rosa con todas sus fuerzas sin darle tiempo a esquivar el golpe. Solo se escuchó un grito y los vecinos corrieron, no era la primera vez. El hospital, la sangre, la sutura, la cicatriz. Asfixió el fósforo que casi le quemaba los recuerdos, apagó la luz y borró su mente...



¿QUÉ HAGO CON LA MUERTA?

Necesito que me digas qué pasó. Desperté como siempre esperando que murmuraras entre sueños mientras preparaba el desayuno sabiendo que después de ese rato te irías. Regresarías de puntillas a tu vida y las dos (para no espantar la costumbre) pretenderíamos que nada pasó durante la noche. Que aquí el deseo no tiene lugar. Que no son tantas las veces que tus pasos te dejan en mi puerta y que esta vez sería la última de miles. Yo, que nunca pude fingir, hoy puedo. Tu no.

Como sea, eres un cuerpo frío, inerte, muerto en mi cama.

Necesito que me digas qué pasó. De repente una mujer aparece muerta entre mis sábanas... ¿Y tenías que ser tú? ¿De todas las infinitas posibilidades? Me pregunto quién podría ser si no fueras tú.

Bajo la escalera caracol y me doy una ducha de agua tibia sin hacer esfuerzos por despegarme de la noche anterior, nada de eso sucede antes de una buena taza de café caliente durante esos quince minutos que hacen que ayer no cuente y hoy parezca inofensivo. En ese limbo, no existís y tu muerte menos.

Al dejar la taza entre los trastos sucios pienso que debería llamar al 911, a la policía, una ambulancia, los vecinos. Es urgente tomar decisiones. Pero es domingo y eso lo complica todo.

Me visto y salgo a la calle como si nada hubiera pasado, tal cual estaba pactado en silencio y de antemano entre tú y yo. Tu muerte, mi culpabilidad (o no), nuestra historia en mi memoria, lo que fuimos, lo que no supimos ser, los motivos que me llevaron a ser una asesina o a ti una suicida. Todo tiene que esperar, nunca decido nada importante en domingo. Camino por las calles haciendo siempre el mismo recorrido como si la ciudad fuera un rompecabezas gigante que necesita que mis pasos lo armen para tener sentido. Llego al lugar de siempre, chequeo Facebook, los mensajes y el buzón de voz durante el almuerzo. Aunque no te guste (y yo te parezca tontamente previsible) son las rutinas las que me dan seguridad.

Regreso para ver los efectos de la muerte en tu cuerpo; sigues ahí, inmóvil interrogándome con tus ojos bien abiertos. ¿Qué hacer con el cuerpo? Nada sonaría creíble, estás en el sitio que nadie sabe, que no debes. Conmigo, donde te escondes hasta de ti. Tu ausencia ya es palpable, tu teléfono suena mil veces y no contesto. El mío va a sonar en cualquier momento y alguien va a preguntar si te he visto, si hemos hablado. Puede que hasta tu marido golpee mi puerta; podría mentirle, decirle la verdad o lo que pienso, que es bien distinto. Antes necesito salvar la duda; te mataron, te mataste o te maté. El primer paso es excluir a terceros, no hay chance entre cerrojos y barrotes. Entonces las posibilidades se reparten en partes iguales entre nosotras y para mi desgracia las marcas moradas alrededor de tu cuello me señalan. Nunca podrías ahorcarte hasta la asfixia. Te desmayarías mucho antes de lograr suicidarte.

Así las cosas soy culpable... ¿cuáles son mis posibilidades? Conducir kilómetros y alejarme de vos, pero lo he intentado antes con poco éxito y esta vez no cuento con el lujo del tiempo a mi favor. Bañarte en cal, corroerte. Abandonarte en un basurero, dejarte en otro sitio y que todo parezca un accidente, como cuando rompes el jarrón de una tatarabuela desconocida del que te faltaba valor para librarte por costumbre, nostalgia o masoquismo. Esconderme, buscar un culpable aleatorio. De lo que se me ocurre, nada es verosímil pero no merezco ser culpable.

Me doy cuenta que tal vez, todo ya haya sucedido, que hay una única salida. Tengo que romper el espejo y de las dos, hacer una. Una que no me niegue, puede que ni necesite disfrazarme de amiga. Una que no lastime.

Un golpe seco a mitad del espejo, una imagen que se rompe y se multiplica en pedazos pero que nunca fue tan íntegra. El reloj ya dio las doce hace rato. Nunca decido nada importante en domingo. Yo no soy, vos no estás. Soy.

REINA CASALS

RECIBÍ TUS POEMAS

Recibí tus poemas,

amiga.

¿Qué estaba oculto ahí?

¿Cuántas palabras arrullaban silencios?

¿Acaso el olvido dibujaba

una colección de huecos

donde iban a deshilacharse los recuerdos?

Aquellos momentos de dolor

momentos de felicidad

dos gotas de agua

que corren por mi espalda

en búsqueda del río

rumbo al mar.

LARA FORTINA

ALADOS CORCELES

Breve fue la dicha inesperada
del encuentro, sólo con la mirada
pude saborear la alegría de tu cuerpo;
tan pronto te marchaste por ámbitos
desérticos de los que procedes,
allí donde yo no alcanzo tus moradas
cinceladas en el halo de la luna
con mis pobres alas de papel imaginadas.

Cada noche las estrellas me regalan
tu recuerdo aunque me dañe,
porque del rostro amado ni una foto tengo,
tampoco el perfume a sándalo de tus manos,
donde bebí pócimas de amor, traspasa
mis sentidos; petunias rotas colmaron
mis sueños en un adiós sin gestos,
ni palabras, guardaré para cuando vuelvas
la alegría reprimida de mi pecho
la fiesta preparada, iniciará la nueva jornada
con música y baile, nuestras copas rebosantes
de vida se romperán de alegría
al chocar en el aire, el día
desplegará gozoso sobre nuestras cabezas
alados corceles azules y blancos.

Antonio Cano Lax

El Aconcagua por primera vez: Mi viaje a los Andes en auto de Mendoza a Santiago de Chile

Patxi Irdanguiren

El sábado viajo a Chile. Es la primera vez que viajo en auto, veré los Andes por tierra y visito Santiago. Se cumplieron mis expectativas con respecto a la idiosincrasia del chileno de los alrededores de Santiago. Son prusianos, atentos y educados. Prusianos porque miran con distancia al hablar, no expresan que sienten, elijen con cuidado las palabras y van al punto. Tuve un encuentro con Rubi Carreño. Mi colega chilena profesora de literatura chilena de la Universidad Católica de Chile. Su primer comentario fue ¿“En qué te puedo ayudar?”. Bien chilena. Fue concreta sin perder tiempo. Una vez que hablamos de los temas en investigación en común, cambió. Escribía notas y rápido. Intercambiamos contactos, artículos, nuestros últimos trabajos y proyectos en común.

El chileno es esforzado y sufrido. Han creado una nación, un estado y una identidad en un país angosto, seco y desastres naturales constantes. Chile está entre la costa occidental del Océano Pacífico hasta las cumbres más altas de la cordillera de los Andes: el Aconcagua. Chile tiene un largo de 4270 km² un ancho máximo de 445 km en la Región de Magallanes y Antártica Chilena, y un ancho mínimo de 90 km en la Región de Coquimbo. Tiene una costa de 6435 km. de longitud. La expresión chilena es “hacen mucho con poco”. Así como otros observan la misma idea en la expresión “hacen más con menos”. No obstante, así como sufrido, es aguerrido: los Mapuches. El pueblo que resistió las invasiones española a su identidad y territorio hasta que obtuvieron que su tierra tomase la forma de la ley de la propiedad privada. Enfrentó los españoles de la colonia, la inmigración europea y el estado nacional. A nuestros días, el Mapuche resiste. La belleza de las características físicas es apasionante: altos, ojos profundos, cabeza alargada y tez cobriza. Son Mapuches para los pueblos originarios. Pero los españoles se atrevieron a cambiarles su nombre y los llamaron Araucanos.

En la sociedad chilena contrastan el “chileno” de descendencia europeas y los Mapuches. Un ejemplo son los carabineros. El carabinero es un ciudadano particular y un ejemplo de chileno. Quien no ha leído sobre el Carabinero de Chile, considera que es un policía, sin embargo no lo es. Carabineros de Chile es una institución policial técnico y de carácter militar. Pertenecen a las fuerzas de orden y seguridad del país. El carabinero es respetado por su autoridad, su profesionalidad y su actitud a las personas. Es común verlos a caballo en todas las ciudades de Chile. Caballos altos y esbeltos. Los de Santiago tienen color marrón. Al mismo tiempo que respetan la ley, no hacen distinción entre república y golpes de estado. Nos guste o no, los carabineros participaron en uno y los otros.

Así como los Carabineros cuidan a los chilenos que viven en ciudades. Te explicarán cómo llegar a una calle, te llevan a un hospital o acercan a un banco. Otros se destinan a las fronteras. De destacan con la participación en los frecuentes terremotos de Chile, un incendio o inundaciones. También son activos en las misiones internacionales más importantes. Son valorados y respetados por la comunidad internacional.

Tenía dos opciones para llegar a Chile: tomar un avión a Santiago o viajar en auto cruzando los Andes. Me gustó la idea de ver un lugar único: la vastedad altura de los Andes del sur de las Américas. Hay dos fronteras de Argentina a Chile. Una es el cruce del Cristo Redentor en Mendoza y la de Chile se llama Túnel Los Libertadores. El camino de Mendoza a Santiago fue largo pero no lo sentí porque te enfrentás la majestuosidad de los Andes. Su gran cambio e del lado argentino al chileno. Entrando a Chile, la carretera cae en forma abrupta y toma forma de caracol. Tienes la posibilidad de marearte. La estrategia para evitarlo es mirar el camino y también puedes tomar un dramamine. Pero tiene que tomar una decisión, pensás en los mareos o dejás que la grandeza de los Andes te lleve. Yo preferí el dramamine. Observar y grabar tus ojos de los Andes.

Los Andes te miran, te observan, desconfían de vos. No quieren que repentinamente y sin pedir, entrar a sus lugares. Su casa. Sus caminos. Sus secretos. Sus encuentros. Sus debilidades. Sus alegrías. Sus temores. En conclusión, su vida diaria, sus años de historia que sólo cuentan a quienes ellos elijen. Les han invadido su privacidad. Entramos sin permiso. Pretendemos ganarle a la fuerza de la naturaleza. Los Andes nos recuerdan que el humano es pequeño y pretencioso. El quiere jugar en sus cimas, bajas y altas, y armar construcciones en medio de algo que no es propio.

Los andinistas tienen la osadía de llegar al Aconcagua pero los Andes aún te advierten que es difícil llegar a su cima. Esas montañas te muestran la cantidad de andinistas que han muerto en su intento y los humanos orgullosos sólo cuentan el que ha llegado. Hay cementerios en el camino donde los que han intentado su desafío, piden ser enterrados en cementerios creados especialmente en esas montañas. En el camino vi uno. Un espacio pequeño con cruces a la distancia. No te das cuenta si no te lo dicen. A pesar de los intentos, los Andes siempre recuerda que respeten sus lugar. Finalmente, aparece la Aconcagua.

Los humanos hemos desarrollado autovías sobre los Andes de quien estamos orgullosos a pesar que son ajenos. Del lado chileno, las autovías son ejemplos de ingeniería. Hay túneles cerrados y otros abiertos. Tiene luces, claras señales de tránsito, ventiladores, matafuegos, circulaciones de aire y extinguidores. El sonido no te presiona, ni duele. El resto de los túneles te permiten ver la vista. Te encuentras con ciudades pequeñas. Ayudan al humano pero no los Andes. Hay solamente restaurantes, aduanas, baños y estaciones de servicio. La COPEC chilena. Pero la temperatura es extrema. El verano es seco y el invierno húmedo. Es por ello que son desafíos que los Andes te dicen constantemente que es inapropiado e incorrecto apoderarse de lo ajeno. Antes de cruzar, consideramos que esas montañas son parte nuestra, sin embargo, siguiendo el camino ya nos damos cuenta que no lo son.



Yo no me imaginaría que los Andes no son míos. El ser humano se considera dueño de la naturaleza cuando es al revés. Luego de pensar, mirar las montañas, respirar hondo, descubrí que lo único propio es la distintiva vista y los colores. El lugar está en Chile. Esa inmensidad es propia de Chile. Nadie puede competir con ello. Puede sólo compararlo con el poniente de los Andes de Santiago, su norte y sur. Pero la grandeza es chilena. Los colores son caoba, verde y marrón pasteles. Pasteles tristes. Me gustaron las tonalidades de los caobas. Los verdes no tienen tonalidades variables. Los marrones juegan entre las variedades de los caobas y los verdes. Los colores cambian más rápido que los tamaños de la cordillera. Mientras vas en auto, te das cuenta que estás dentro de los Andes. No obstante estar en un lugar amplio y abierto, estás encerrada entre montañas que te encierran y esperan que te vallas. En realidad, estamos huyendo. Estamos jugando contra el tiempo. Estamos cansados. Estamos solos. Estamos doloridos. Los Andes esperan que dejes esos lugares, colores, temperaturas y soledad. Una vez que entraste a Santiago, los Andes te estaban recordando que entraste a una ciudad envenenada de smog, sin embargo, llegaste a la modernidad y la globalización. Te esperan tus amigos, la comida y un baño.

No había pensado ni imaginaba la ciudad de Santiago. Si a la Universidad Católica de Chile y la Universidad Nacional Chilena. Me gustó la ciudad y mucho más las universidades.

Santiago tiene colores pasteles una continuación de los Andes. Verdes, marrones, caobas, amarillos tristes. El cielo, los edificios, no obstante contrastan con los verdes intensos de los árboles y las plantas. Brillan y están protegidos. Es una ciudad limpia y cuidada. No hay basura en las calles de la ciudad. Tampoco están en el área metropolitana. El primer día armé un plan para visitar las áreas claves de Santiago. Partí por el Cerro Santa Lucía y terminé mi camino en el mismo cerro. Doblé por la Alameda Bernardo O'Higgins, caminé hasta la calle La Morandé, luego en la Compañía, a la izquierda Puente y retomo fuerzas en la Plaza de Armas. Retomo a la calle Compañía, tomo su continuidad cuyo nombre de la calle es la Merced hasta la Victoria Subercaseaux donde está mi pequeño y privado Petit Hotel.

Santiago es pequeña. La cuadrícula de la ciudad española sigue muy parecida a la original, a pesar de los terremotos que sufre Chile. La plaza central se llama Plaza de Armas rodeada por las instituciones principales: la Catedral, el Correo Central, el Museo de Histórico Nacional, el Ministerio de Relaciones Internacionales y pocos restaurantes. Es interesante que no haya un cabildo. La gran mayoría de los edificios son de los siglos de finales del 19 y principios del 20. Tienen un promedio de cinco pisos y muy escasos edificios modernos. Sin embargo, hay uno que tiene 31 pisos de colores metálicos y brillantes. Si mirás la ciudad desde la Plaza de Armas, predomina el estilo español. Las iglesias tienen similares alturas de los otros edificios. Los nombres de las calles tienen significados católicos: Huérfanas, Agustinas, Monjitas, Merced, Compañía, Catedral, San Pablo, Santo Domingo; monjas, una cofradía, una orden, una iglesia y nombres de santas y santos. Cruzando la Alameda hay calles con más nombres de santos: Santa Rosa, Santa María, Santa Isabel, San Ignacio, San Diego y San Francisco. Todavía los edificios modernos compiten con las cinco iglesias céntricas de la ciudad. La competencia de las iglesias es el rascacielos *Gran Torre Santiago* en el barrio Providencia. Es el edificio central de la Costanera Center. Es uno de los más altos de Latinoamérica. La Gran Torre de Santiago mide 300 metros de altura, tiene 63 pisos, hay 24 ascensores de alta velocidad cuya máxima de velocidad es de 6,6 metros por segundo.

A pesar de ese carácter español de la ciudad, es la avenida principal La Alameda Bernardo O'Higgins quien quiebra el pasado monárquico colonial católico a la actual república laica chilena. Bernardo O'Higgins es el considerado padre de la patria. Nuestro San Martín. George Washington de Estados Unidos. Es interesante destacar que O'Higgins era hijo ilegítimo de Ambrosio O'Higgins. Administrativo español que llegó a ser virrey del Reinado del Perú. Bernardo no conoció a su padre, no obstante, Ambrosio lo cuidó toda su vida. Se esmeró por darle una excelente educación y donó sus grandes propiedades de tierra a su hijo. Hijo de Isabel Riquelme – familia acaudalada y con participación política en el cabildo de Chillán.

Todos esos edificios de poder político son pequeños para mí. La Moneda es el poder ejecutivo de Chile. Un edificio de poco tamaño pero con una grande alberca. A través del tiempo Chile ha hecho el esfuerzo de separar un estado laico al religioso. Al mismo tiempo, procuraron descentralizar los poderes ejecutivo, congreso y justicia trasladaron el Congreso Nacional, la Armada, el Servicio Nacional de Aduanas, el Servicios Nacional de Pesca y el consejo Nacional de la Cultura y las Artes, y el centro de la CEPAL a Valparaíso. La sociedad chilena cada vez tiene menos respeto al catolicismo. El escándalo de los niños víctimas de pedofilia por un prestigioso sacerdote de Santiago, creció. Tres profesionales de mayor de treinta años presentaron a la justicia nacional el mal comportamiento del sacerdote Karadima. Uno de ellos, dejó paralizada a la sociedad cuando él médico contó cómo sufrió el abuso del sacerdote públicamente en un programa televisivo. No dividió a los chilenos sino que los escandalizó. Continuaré con mi lectura sentada en la Biblioteca Nacional. He disfrutado un día y descubriendo archivos y leyendo libros. Siempre con la guía del chileno atento.

EL PEGOSTES

Índigo

Ha caído de no sé cuál boca, nadie podrá saberlo jamás. Olvidado en la acera ya reposa, descansa, pero no en paz. ¿Cuántos lugares recorrerá, en cuántas faenas se meterá, en qué porciones se esparcirá? De actitud sumisa, el azar es su dios, y su misión: ser viajero en vaivén por un mundo poblado de blancos, negros y amarillos, de quienes con prontitud y, a veces sin recato, lo usan, para luego desechar su cuerpo inerte de sabor, su polifórmica figura, que asemeja a asteroides, a bichos en espera de taxonomía. A este navegante sin patria, aún le espera aventura.

¿Se lo comerá un pájaro, terminará aplanado en llanta, ahogado en zanga, derretido sin fin sobre banqueta? ¿Quién podrá saberlo, a quién le importa, al menos ese alguien existirá?

Yo los clasifico como los antiguos mexicas designaban al dios del finado por el lugar de deceso, del encuentro con la muerte, del funesto fin de vida. Los hay mochos y puritanos que terminan en un bote de basura cuyo epitafio versa en letras verdes: orgánico. Los presos y proscritos que acaban en cesto de mimbre, en plaza de ranchería o despeñados en algún arrabal. Y los promiscuos que se les encuentran ahogados en lo profundo de una colorida taza de baño o en orinal de espeso aroma.

Así, esta sanguijuela espera, con la paciencia de los fósiles extintos espera. De repente una voz maldiciente estalla de horror y de sorpresa, al saber que ha atropellado al transeúnte fantasma, cuyo cadáver ahora tendrá que cargar en el tren de su pegajosa vida.

Entonces boleto en mano, nuevo vagón, nuevo asiento, un anuncio, un silbido, continúa...

Cedá, Una Historia Confidencial

Medio Oriente

“Quédate aquí, conmigo”

Uno de mis primeros viajes me llevó al Medio Oriente. Allí pasé casi cinco años, entre ciudad y ciudad. En Egipto se estaba llevando a cabo una conferencia internacional que tenía por objetivo discutir los principios conductuales comunes a todas las culturas y a todas las geografías. Algo así como el común denominador del comportamiento humano.

Entonces, hacia allí me dirigí en busca de información.

Los pormenores de la conferencia los pasaré por alto, ya que sería tediosos enumerar hechos intrascendentes. Mis vivencias personales son las que realmente cuentan.

En Egipto se estaban viviendo por ese entonces tiempos convulsivos. Se hablaba de planes terrorista que tenían por objetivo derrocar al gobierno de Sadat antes de que negociara la paz con Israel. Por lo tanto, las fuerzas de seguridad estaban en alerta máxima.

Ver al acérrimo enemigo de Israel deliberar un discurso de paz en la mismísima Knesset (parlamento israelí) en Jerusalem, debía resultar intolerable al extremismo nacionalista árabe.

Es que después de haber perdido dos guerras, con el altísimo costo en recursos y vidas, sin contar la península del Sinaí que Israel había conquistado en el '56, Anwar El Sadat no pudo más que convencerse de que el país hebreo era a esas alturas una potencia militar de temer.

Si Egipto, la mayor fuerza militar árabe, llegara a concretar la paz con Israel, habría significado una pérdida incalculable para la causa anti-zionista.

El Cairo es una ciudad muy grande y caótica, con vehículos andando en todas direcciones sin respetar ninguna regla de tránsito. Recuerdo que me llamó mucho la atención el hecho de que los conductores hicieran sonar sus bocinas todo el tiempo, incluso cuando no había ninguna necesidad, y de que no se respetase a los policías de tránsito que intentaban en vano poner un poco de orden.

Así fue que me resultó muy difícil navegar la ciudad, entender su lógica, descifrar sus códigos. Fue un lugar donde no me sentí cómodo. En un café de El Cairo en el que se comercializaba el hashish libremente fue donde me enamoré de una egipcia, una diva del cine árabe. Hermosa y provocativa. Mi rudimentario conocimiento del dialecto egipcio del árabe nos forzó a utilizar medios de comunicación no verbales. Nos entendíamos a través de miradas y gestos. Tal vez fue mejor así. Empezamos la noche bailando, bebiendo y fumando en un bar aledaño a la Gran Mezquita, y la continuamos en una habitación de un hotel cercano. Nos amamos toda la noche. Me recuerdo embriagado por su sudor y sus lágrimas de placer.

Las primeras luces de la mañana nos hallaron entrelazados como el pan sabático. El tener que marcharme y dejarla fue muy doloroso, pero debía atender otra conferencia, esta vez en Jerusalem. *“Quédate aquí, conmigo,”* me dijo con sus maravillosos ojos almendrados bañados en lágrimas, esta vez no de placer, *“Yo te amo.”*

El calor de la calle me dificultó la respiración aún más. Me daba cuenta por primera vez de lo preso que estaba de mi trabajo. Me descubrí totalmente solo. La carrera que había elegido para cambiar al mundo me estaba cambiando a mí, causando sufrimiento en el camino. Un trozo de mi alma había quedado entrelazado con la suya.

Mi rudimentario conocimiento del dialecto egipcio del árabe nos forzó a utilizar medios de comunicación no verbales. Nos entendíamos a través de miradas y gestos

(Continuará)

Dany Adatto

La piel de Eros (IV) Raúl Martín

Acto III. «Mediodía. Claridad cristalina en un cielo moteado. Una tarde de marzo, nublada y con probabilidades de precipitaciones, según la previsión meteorológica de aquel día para la megarregión costera en la que mi abuelo daba sus primeros pasos sobre la alfombra del salón principal ante la atenta mirada de sus cuidadores, se produjo la aparición de centenares de inmensos objetos poligonales en la atmósfera terrestre. Llegaron tan repentinamente como se desvanecieron, sin dar cabida a la respuesta más rápida que entre esta nuestra avanzada especie pudiera proporcionarse. Alcanzaron durante una milésima de segundo la superficie, dejando algo tras ellos, además de la más honda impresión en gran parte de la población mundial, dada la generalizada ineficacia institucional en mantener como Secreto de Estado un hecho de tal envergadura, que se acabó metabolizando en una respuesta social que variaba desde el descrédito a la histeria. Ese algo, acaso regalo o amenaza, sí consiguió ocultarse durante un tiempo que a muchos resultó exasperante, pero finalmente se reveló por parte de algunos países más experimentados en el ejercicio de la transparencia: la carga que se depositó sobre los dominios de la humanidad contenía en pequeños receptáculos embriones fecundados en úteros artificiales.

»No había tecnología aprovechable, pues todo material inerte era endógeno; prácticamente podría haber sido fabricado en cualquier laboratorio de nuestro planeta. Así pues tampoco recursos. Ningún tipo de información de interés para el progreso que ha resultado prioritario a lo largo de nuestra común historia, el militar. Estaban ellos, los fetos, los cuales, según la óptica e intención de cada "Estado receptor", podrían ser considerados al menos como un recurso valioso. En todo caso, tras muchas deliberaciones, se optó por dejar vía libre a la ectogénesis, esto es, a que la vida se abriera camino, y lidiar más adelante con lo que resultase de todo aquello. Todavía no estaba claro que el supuesto regalo no fuese en realidad un Caballo de Troya de conquistadores venidos de allende el gran mar de la existencia. Obviamente no fue una decisión unánime, y me aterra pensar en la suerte que hasta día de hoy habrían corrido los expósitos.

»El tiempo pasó, y con él un goteo intermitente de noticias opacas o terriblemente cercenadas sobre el asunto en cuestión. La especie actuó como cabría esperar al tener en cuenta nuestro pasado común; como siempre ha sucedido en el marco de un nosotros y ellos, sólo que a una escala global fragmentada en escenarios locales. A favor, en contra y viceversa, con o sin condiciones, de multitud de posturas, el caos interno alimentado desde el cosmos. En un determinado momento se produjo un punto de inflexión: la manifestación en pantalla frente a un orbe atónito y enmudecido de algunos de ellos, niños los llamaron. Seres vivos, al fin y al cabo. El caos cambió su forma, pero seguía siéndolo: los enviados, los profetas, los extraños, los xenomorfos, los monstruos, los demonios, los otros, ellos, esos, esas cosas... así se los concebía. Pero eran niños, ¿no? No. Se hablaba de lo que eran y de lo que podían llegar a ser, para nosotros. Su existencia nos ponía a prueba. Conmovía las más profundas creencias, miedos y esperanzas. Y en todas y cada una de las mentes pensantes anidaba el recelo. Si se mantenía la perspectiva de que al menos aquella situación extrema infundiría un sentimiento de pertenencia compartido que acabaría con muchos de los eternos conflictos arraigados en la sangre de los pueblos, se hacía en vano. El mundo ya no era el mismo, en efecto, pero la especie sí.

»Se alzaron no obstante voces de honor, de amor y empatía, demandantes de libertad con sus consecuentes derechos y deberes para los llegados. Sus funciones psíquicas y motrices se asemejaban a las nuestras. Sentían y padecían. Educados por cada sistema que se reconocía brindador de esa necesidad básica, era menester plantear una futura integración en las diversas sociedades en las que habían aterrizado tiempo atrás. Las legislaciones se adaptaron a las nuevas circunstancias, el camino emprendido, en cambio, era lento y tortuoso, sin luz de verdadero cambio a la vista. El tiempo continuó transcurriendo impertérrito. La nueva realidad se tornó en costumbre, clave para la estabilidad, para apuntalar la situación ideal de alienación del individuo frente al orden

de las cosas, y explotando la tendencia natural de la sociedad al aburrimiento, los dispares poderes del globo relegaron esta existencia y su futuro a un segundo plano, no secreto pero discreto.

»Llegados a la segunda generación (en efecto, habían procreado en ciertos países bajo la tutela científica), por estos lares un viento de progreso les otorgó una libertad relativa junto a la entidad jurídica de personas. Mas, con toda seguridad maravilladas por salir a un exterior fascinante, tuvieron que regresar en multitud de ocasiones escoltadas por las fuerzas de seguridad ante la expectación creada y acto seguido derivada en loas y vituperios que no alcanzaban a comprender. Un estupendo “primer contacto”, sí señor. Tras unos cuantos encontronazos de este calibre las apariciones públicas cesaron, y cada nuevo intento de encontrar una cierta normalidad en sus vidas y sobre todo en sus relaciones con el elemento humano naufragaban entre las críticas por su timidez u osadía, resultando a la postre en un penelopismo legal; aunque, como la acción de la erosión sobre aquello contra lo que impacta, la tercera generación gozó por fin de una, por así decirlo, apacible tolerancia, más que aceptación, en el sistema y el seno de la sociedad, eso sí, inmersos en una segregación que delimitaba estrictamente y con disposición previa favorable aquellos lugares, organismos o establecimientos donde tener por lo menos una fábula de vida corriente.

»Con todo la potencia de la discordia no decreció, y los agentes encargados de nutrirla extendiendo desconfianza que germinase en miedo y odio hacia aquellos seres continuaban con la obtención de sus beneficios a partir de esa guerra. Entre ellos, en el lugar umbroso característico de quienes realmente operan los controles del mundo, se encontraba la familia. Erigida en inspiradora intelectual de movimientos especistas cuyos principios explotaban un rechazo irracional bien alimentado en nuestra memoria genética. Ahora entre unos y otros me encuentro, desprendido de su funesta ideología, como capa de mugre polvorienta rascada con paciencia en cada rincón de mi cuerpo, porque el amor me ha asaltado en emboscada, ha tomado posesión plena de mí, y cautivo suyo se ha convertido en la decisión que yo mismo y todo habitante con raciocinio bajo el imperio de los astros habría de tomar, por encima de todo.»

En aquellos momentos ni siquiera se había detenido un instante a pensar en las más que probables y graves consecuencias de emprender ese incierto sendero. La sensatez aseguraría que se trataba de otra batalla perdida, un sacrificio vano que terminaría perdido en el olvido. El dardo, no obstante, mordía fuerte, profundo; insolente. Contra él sí que era imposible combatir. Ardía un fuego inextinguible, y debía darle rienda suelta a riesgo de abrasar el mundo a sus pies.

Contempla el mar.

—Tu mirada siempre puesta en el vacío —la voz emitida desde el extremo del camino rescató mi pecho del torbellino que lo sumergía. Era ella, había acudido.

—Has venido... —quería decirle tantas cosas. Tantas promesas de futuro, tantos planes, tantas estrategias... Fui cortado con un beso a la carrera. Veloz. Intenso. Sincero. La boca volvió a ser cerrada cuando me disponía a hablar. Esta vez fue su mano.

—Escucha. Por poco me abandonan las fuerzas para acudir aquí, hasta ti. Tu imagen me ha rondado toda la noche en vela. A veces la alejaba el viento, pero no disipaba mi confusión —ahora el beso procedía de mí. Tímido. Reverencial.

—Por favor, escúchame ahora a mí, y guárdate bien esto que te digo en tu ánimo: temes derrumbarte cuando ya estás dispersa por polémicas ajenas que has sido forzada a abrazar como propias, abrumada en un sin vivir que no mejorará eludiendo tus verdaderos sentimientos. Sé de bien cierto que te arrastro con mi locura a límites que no tendrías que sufrir, y sé de buen grado que no los mereces ni por asomo. Pero aquí estamos, porque así lo hemos decidido, y hay decisiones que contravienen las costumbres de los antepasados, que rompen ese orden establecido, por lo cual son vilipendiadas, perseguidas con saña, prestas a ser destruidas. Pero sobreviven, lo hacen, y al hacerlo forjan el futuro de todos. He aquí el sentimiento verdadero que yo ahora te brindo, pues no sólo luchamos por nosotros, y aunque no quiera hazañas escritas en piedra, habita en mí la esperanza de que nuestro ejemplo pueda cambiar las cosas para otros que igualmente lo merecerán. Porque si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará si no? Este corazón, que es el mío, te ofrendo, con lo que espero recibir tu favor una

velada más, para que experimentes tu sentir y tu deseo desatados, libres. El mañana queda lejos para lo que nos deparará.

—Tú y tus aladas palabras —las lágrimas rebosaban en sus ojos, cuyo color variaba su tonalidad empujado por el azote de emociones confusas—, no quieras abrir la caja de una Pandora que no merece tu amor. Vivir imaginándote se había convertido en soñar recuerdos aislados de cariño, reflejados en los pedazos deshilachados de mi ser. ¡Cómo adoraba el impulso de sonreír ante el sonido de tu voz, que acunaba mis noches desiertas y faltas de calor! Pero yo veo más allá en el horizonte del porvenir, y sé que perderás la voz llamando a una puerta cuya cerradura se perpetuará anclada, imperturbable ante tus constantes peticiones. Me buscarás entre bosques de sucesos, ojo avizor a una escurridiza estela que minará tus fuerzas en empresas de dudoso cumplimiento. Me encontrarás, y me volverás a encontrar. Y en tu fatigosa persecución, finalmente, lograrás darme alcance. Pero entonces seré sólo humo entre tus brazos, disperso por un viento que me sumerge en el lejano poniente de nuestra absurda desventura, mientras que tú seguirás amando enloquecido a una nueva sombra de lo que he sido —me acaricia con sus manos las mejillas humedecidas—. A menudo nos vemos impelidos por fuerzas superiores al albedrío, y en ocasiones debemos resignarnos a la incompreensión porque los finales no se rubriquen a nuestro antojo. Te conozco sólo como alguien que te ame podría hacerlo, y sé tan bien como tú que la soberbia no se cuenta entre tus rasgos, lo cual agradezco, porque te conduciría únicamente al celoso castigo de la desesperación contra nuestro funesto destino. Así que reserva tu corazón para un alma recompensada. Suelta mi lugar en tu memoria y que desaparezca en las arenas del devenir, que todo lo cura. Yo guardaré el tuyo siempre presente; así recordaré que una vez, alguien, pudo amarme. Ten la vida que habríamos soñado para ambos, comparte tu felicidad, aunque sientas que no esté presente, cuida de nuestra madre nutricia, mía por grata adopción, y llora, llora como lo hacen los héroes de tu intrépida especie, pues hay lágrimas para cada ocasión y la ocasión justa para verterlas. Adiós mi cielo, mi amor, mi vida, mi esperanza.

—No... no puedo perderte... —se alejaba. Quería extender mis manos, cogerla, abrazarla, raptarla arrancándola de las manos de quienes creían que la protegían y fundar con ella la próxima familia que conquistase un universo irracional, cruzar en brazos el umbral de nuestros dominios, vestidos de azafrán y púrpura, para terminar nuestros días en la quietud plácida de un terruño sembrado de gloria. Estoy petrificado en cambio, como impactado por ojeriza de cruel gorgona. El habla marchita.

—Nunca lo harás, porque siempre habrá una porción en el tiempo en la que me encuentras. Tal vez no llegues a comprenderlo del todo, pero te aseguro que estamos ahí, juntos, en un transcurrir plegado al que ves, oyes y sientes. Guarda ese regalo robado que es la inmortalidad de tu tiempo, del tiempo conmigo.

Y así ella se marcha confundiendo su figura en la mirada nebulosa, a la que ya no asiste pensamiento alguno, bajo la atenta mirada de sus protectores, sus pretorianos, captos diríase más bien, enfundados en oscuras armaduras de exquisito tejido y acabado. Todo mi ser es un denso compuesto de negación e incredulidad. No alcanzo a asimilar la situación, como no se asimila una prematura defunción, una pérdida imprevista. He robado un jugoso trozo de esperanza en el banquete de la vida, y ahora me atraganto. Pronto sólo quedará abandonar la mesa antes del último ágape. No consigo seguir observándome desde fuera, mi piel se cierra sobre mí, me comprime, y mis sentidos deben centrarse totalmente en lo que ahora está por venir...

Continuará...

QUERÍA DECIRTE

Quería decirte que te quedes tranquila, que yo mañana me levanto a darles de comer a los bichos, no hace falta que tomes frío. Te quería decir, pero salí del baño y ya estabas dormida. Sí, sí ya sé. Es por la salida. Que vestirse, tomarse el colectivo, comer afuera, se hace tarde, volver.

Bostezaste y te sonreíste -ya no estamos para estos trotes- dijiste, yo asentí. Te dio risa tu cansancio, tu edad. Siempre hasta en los momentos más ruines, más duros, puedes encontrar el lado cómico. Y mira que la hemos pasado; que la enfermedad del más grande, los problemas de la escuela del más chico, cuando tuvo el accidente tu vieja, el juicio, la casa embargada, ¡cómo nos cagaron!, cuando me quedé sin trabajo, el corralito. Vos siempre ponías paños fríos, siempre me tranquilizabas y me hacías chistes tontos para que se me pasara y me riera. Quería decirte que siempre admiré eso de vos. Pero bueno, un poco ya lo sabes. También sabes que soy duro, me cuestan esas cosas. Me hacen sentir un blandengue.

Pero que voy a decirte, cincuenta años de casados, si me conocerás. Como el camino hasta Avellaneda, ida y vuelta, de memoria. Con los ojos cerrados. Desde hace veinticinco años salimos a comer, cuando se pudo, una vez al mes, cuando no, más espaciado. ¿Te acordás esa vez en Balcarce? Tendríamos veinte años, estábamos recién casados. No estaban los chicos todavía. Había una pareja de viejitos al lado nuestro, y empezamos hacer de cuenta que éramos ellos, un poco en ternura y un poco en sorna:

-Bueno, hoy te toca, me tomo a pastilla y te toca, ¿Te depilaste? ¿Cómo qué no? ¿Seguís con la ciática? Qué barbaridad- Como nos reíamos, nos imaginábamos los cuerpos desnudos y nos reíamos. De las dificultades, las conversaciones, los achaques. Vos me hacías reír mucho. Siempre fuiste la más graciosa de los dos. También la más fuerte. Pero eso no me animo a decírtelo ni loco. Como nos reíamos, que época. Como nos besábamos, como nos ansiábamos, como nos amábamos. Que pasión, que locura. Y ahora bueno, me cuesta, soy duro.

La verdad es que me tiene preocupado cuando nos llegue la hora, ¿si sufrimos? ¿si pasan los días y nos encuentra los chicos? Hasta pensé en mandarles día por medio un mensajito, como de señal de vida. Pero si, ya sé, estás loco me vas a decir.

Recién abriste un poco los ojos como preguntándome ¿Todo bien? shh, dormí, dormí. Mientras te acaricio te miro. Siempre me gustó mirarte dormida. Quería decirte que por más que me haga el chinchudo, sé lo triste y vacía que sería mi vida si me quedara sólo. Y quería decirte... ¿Viste aquella vez que creímos que nos estábamos burlando de la vejez? Era la vejez la que se estaba riendo de nosotros.

Yuliana Lizárraga

La niebla

Remoto el mundo en esta hora,
luna entre los labios,
aire no sentido, la sangre
es una niebla crujiendo bajo el alma,
la piel se desvanece como una lluvia fina,
y la mirada, leve, sedienta de penumbra,
cual hiedra va buscando su cimienta
en la infinita sombra jadeante:
espejo de mi carne sin orillas,
tiniebla arborescente,
anhelo consumado.

La niebla asciende mansa,
bravío encantamiento,
rizando sus ardientes mareas taciturnas,
y el cuerpo es tierno magma
para un abrazo informe, tormenta
de un amor más raudo que su sombra.
Gotea desde el fondo una fragancia
como nube, rojizo aliento puro
de algún jazmín sangrante y silencioso.

La tierra no es caricia ni paloma,
promesa o edificio, tan sólo el verde resoplar
de un cielo donde la luz
desborda vidrieras y metales,
y vuelve a ser su aliento dulce vientre
para el rosado fruto de un labio florecido.

¡Oh, niebla que sostienes mis instantes,
columna temblorosa para un jardín baldío:
arráncame mi nombre tan pesado,
mis ojos fatigados de certezas,
y envuelve en tu regazo como un ala
la turbia polvareda de mis días!

Océano tan negro en mis entrañas,
rugido de la luna entre mis huesos:
¡cuán blanca la humareda de esta noche
trepando por mi pecho como zarza!
Los párpados respiran,
las nieves se desbordan,
y al fondo de este barro
como una rosa pálida clarea ya
un amor que vivo resplandece.

Allende la neblina, insomnes en su duelo,
derraman las farolas sus lágrimas radiantes.

David García
Alonso

RULETA

Ay mi amada,
 Otro día de perjurio e indecencia,
 Tu promesa de mil segundos,
 Otra vez presume su opulencia,
 Abogando riqueza privilegiada,
 Patrimonio concebido del seno de mi confianza,
 La cual, sin astucia previa,
 Has desperdiciado en otra apuesta.

"Todo al corazón"
 Exclamaste negándole chance a la razón,
 "Todo al dolor"
 Dijiste sin voltear a ver la aceptación,
 En tu bolsillo solo quedan monedas
 Más un espejo astillado reflejándote por mil,
 Porque ya nada más,
 Queda dentro de ti.

¿Y que será lo que has ganado?,
 ¿Acaso ha valido la pena?,
 ¿Ese mísero monto preciado de papeles
 anestesiados sin dialecto ni vivencias?, Tu
 acérrima negligencia te empuja hacia la locura,
 Jugando a la escondida,
 En esta maquinaria llamada lógica,
 Pauperrima ha de ser tu suerte,
 Mendigando servilletas en la casa de las caretas,
 Hoy, tan solo queda tu carne, Cuya fantasmal
 figura deambula entre las vísceras moribundas
 de tu alarde sin censura.

Caminado por los suburbios de la desazón,
 Se escucha tu nombre en cada callejón, "La
 melanoma del amor" vociferan señalándote sin
 reír,
 Digno estigma para la amante perdida del azar,
 Extraviado navío descendiente de tu elegir.

Caprichosa condescendiente,
 Excéntrica de impertinente andar,
 Ni tu perfume de mil avispas
 Solapa tu incapacidad de volar.
 Y a pesar de tu reputación,
 Nada impide tu aquelarre de derroche,
 A pesar de las claras consecuencias,
 Sigues incapaz de rechazar aquel efímero goce.

En el recital de las altas esferas,
 Las sonatas elogian al alma de la hoguera,
 Cuya caricia pasajera,
 Enmudece tu llanto ahogado en la pena,
 Cercenando tu mente pedazo a pedazo,
 Hasta convertirte querida mía,
 En aquello que bien dijiste,
 Jamás querer convertirte,
 Habiendo enterrado tus palabras,
 Perdiendo para siempre,
 Todo lo que alguna vez fuiste.

La nostalgia querida mía,
 Ansiado vacío que tanto nos representa,
 Cuya oxidada vitrina se revienta,
 Por el peso de eso que anhelamos,
 Pero que sin pensarlo, pusimos en venta.

Así nomás, de forma insípida y barata,
 Tan pobre y tan amarga,
 Resignada y marginada,
 Delirando en su posada,
 Debajo de una trama violenta,
 Tantas veces desdichada,
 Pero que, a la vez, tanto se ostenta.

La sabiduría nunca fue tan soez al narrarnos sus
 verdades,
 Sin tener en cuenta la vejez,
 De nuestra antigua juventud y sus vanidades,
 Revelando datos del ayer,
 Desvelando nuestras animosidades,
 Sabiduría hermosa pero cruel,
 Mis penas arden y no estás para abrazarme.

Abrazos enlatados,
 Caricias congeladas,
 Versos enterrados,
 Lágrimas desahuciadas,
 Flores nacientes,
 Bajo estelas de drama,
 Bendita flor hiriente,
 Inerte pétalo del karma.

TOMY

La realidad sumergida a la ficción en Julio Cortázar

Larissa Araujo da Cruz

Un cuento suele desarrollarse a partir de un punto, una especificidad. Es decir, se hace necesario elegir un momento cualquiera y captarlo, quitarle de su aparente linealidad para cambiarlo o dinamizarlo, extrayéndolo toda su potencia y fuerza, ampliándolo, cada vez más, a nuevos significados y perspectivas. Con este cambio en el pensamiento, la visión acerca de la realidad y las cosas a veces más sencillas huyen de los padrones: la historia de un árbol puede representar el crecimiento, la lucha, la espera, el tiempo, el arte de reinventarse, de comprender los ciclos etc., y no sólo mero elemento de la naturaleza.

A Julio Cortázar, cuentista argentino, le ribir instrucciones sobre como subir a encantaba lidiar con lo ordinario: para él, escuna escalera, por ejemplo, era el perfecto retracto

para hablar del ritmo de la vida.

Como veremos, Cortázar

sigue su propio consejo, mencionado en “Del cuento breve y sus alrededores” (1996) y crea lo fantástico al basarse el cuento “Instrucciones para subir una escalera” en un acto totalmente cotidiano – y quizás debido a eso la narrativa suene rara – pero, con maestría, dilata y rompe lo esperado: introduciendo dosis de realidad a la ficción, nos hace pensar más allá del texto.

escribir instrucciones sobre como subir a una escalera, por ejemplo, era el perfecto retracto para hablar del ritmo de la vida.

En el cuento, Cortázar demuestra al lector las maneras posibles de utilizar una escalera (así como enseña a no usarla, como subiendo hacia atrás o de costado). Las instrucciones son respaldadas a través del uso del imperativo, el más conocido *modus operandi* para “conducir” a las personas, orientarlas. Ese “manejo” con el lenguaje, construido por Cortázar desde el acto de erguir la cabeza y respirar “lenta y regularmente” hasta “no levantar al mismo tiempo el pie y el pie”, extiende y ultrapasa el propósito básico de la narrativa. Por lo tanto, el cuentista no quiere solamente enseñar a la gente a subir una escalera, una actividad incluso simple (sin necesidad de una capacitación formal), y sí aprender a vivir, a subir un peldaño a la vez, sin prisa y tranquilo, mientras que la acción de poner a los dos pies simultáneamente se relacionaría a una tomada de decisiones precipitadas o aún, en el contexto de las escaleras, la inercia, ya que con los dos pies en el mismo lugar no es posible avanzar. De esta manera, recurriendo a lo ficcional y a los peldaños de la lengua, Cortázar sale del nivel de las significaciones léxicas y semánticas envueltas a las sencillas escaleras para alcanzar a otra dimensión, aquella que nos toca, el “knock-out” de nuestra existencia: el hecho de vivir.

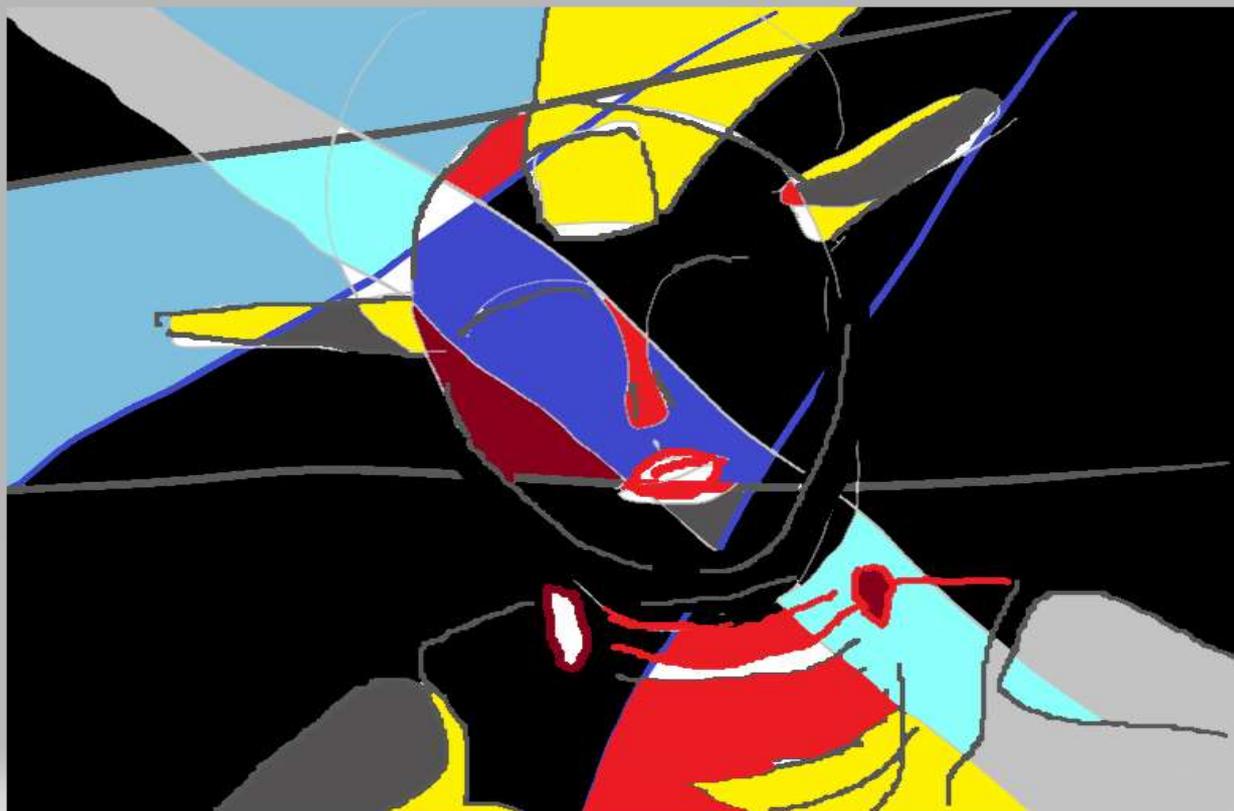
Kamasutra y la sombra inevitable de la muerte

Ella me prestaba dinero que a lo mejor sabía de antemano que yo nunca le iba a poder pagar. Como yo le había hablado del Kamasutra, ella se había entusiasmado y me pedía que lo fuéramos recorriendo entero. Luego nos íbamos a pasar a Sade, aunque su lectura es una lata después de un rato, ya que son puras combinatorias. Yo le prometí codificar nuestra experiencia en una nuevas Mil y Una Noches o un Decamerón criollos, porque vivíamos en Chile, y tenía que ser en verso, porque después de todo yo era más o menos poeta, además de que se sabe que Chile es un país de poetas. O quizás lo iba a poner todo en un libro parecido al El diálogo de cortesanas. Ella obedecía todas las indicaciones de la obra maestra del sánscrito como un delfín amaestrado. O al menos las posturas que se podían, ya que descubrimos que había un alto porcentaje que era impracticable. Pero ya nunca iba volver a auto compadecerme de mis escasas aventuras eróticas cuando escuchaba las fanfarronadas de mis amigos. Nadie que la viera durante su vida digamos, social, hubiera podido imaginarse que en ella se encerrara esa bestia insaciable.

En el pasado, mis amigos más experimentados me habían dicho que las mujeres que se acercan o pisan la mitad de la cuarentena son las más fogosas, quizás debido al fantasma cada vez más próximo de la menopausia y a la muerte dentro de unas pocas décadas. Pero sé por experiencia propia que es muy difícil vivir con ese panorama inevitable siempre presente, pese al ser para la muerte heideggeriano, que uno no tiene problemas para aceptar conscientemente en principio, pero otra cosa es con guitarra.

Jorge Etcheverry

(Texto e ilustración)



Lo que en ocasiones hace crack

Rubén Don

**Y en la calle se hace un gran silencio,
Pero si escuchas bien oirás un crac.**
Nacho Vegas

Despiertas. Pero es como si no despertaras. Como si no quisieras despertar. No abres los ojos. Por el contrario, los aprietas con fuerza. No hay bienvenida al mundo. No hay buenos días. Hay una cama de sábanas malolientes y unas persianas mal corridas que permiten que el sol, lento, perezoso, pero a su vez intenso, se cuele. Sabes que colarse no es un buen verbo ni para una novela, ni para un manual sobre cómo armar modelos a escala.

Sales desorientado de la habitación. Pasas de largo por la sala-comedor, vas hasta la cocina, abres el refrigerador, te rascas la cabeza y lo vuelves a cerrar. Quizá ahí tampoco hay algo para ti. Ni en la novela de Antoine Bello, ni en los 56 canales del televisor. Desandas el camino, pero ya no regresas a la habitación. Te sientas en la mesa del comedor que casi nunca usas. Ni la mesa. Ni las sillas. Nunca comes en ese departamento que te regaló tu abuelo. Nunca usas las sillas para tomarte un suspiro y reflexionar, como parece que vas a hacerlo ahora. Sientes los labios secos. Un vaso de agua. Un vaso de Johnny Walker. Te sientes incapaz de levantarte por uno o por otro.

No es nada. O piensas que no es concretamente nada. Y quizá sí que lo es. Hace dos días que Pamela se salió molesta de casa y no ha regresado. Es extraño. Regularmente quien lo hace, eso de abandonar el departamento, eres tú. ¿Hubo una pelea en concreto? No. Ni siquiera la hubo. Ha habido peores. O reales. Incluso descomunales. Con ropa y libros guardados en cajas. Entrega de llaves. Lágrimas. Reflexiones. Pero no. Ahora no fue así y quizá es lo que más te desconcierta. Sólo una portátil encendida con una página de Google abierta. Seguro te pega más porque son vacaciones. Demasiado tiempo para pensar. Demasiado tiempo para sentir. Querías seguir experimentando sensaciones a lo largo de tu existencia, como en la adolescencia, ¿no? Ahí las tienes. La vida a flor de piel. Vívela. Sólo vívela. Siéntela y aprende a lidiar con los bordes obtusos que la enmarcan.

Te vistes. Sólo porque odias seguir en calzones y camiseta. O porque tienes miedo de que Pamela en cualquier momento cruce la puerta y te encuentre en esas fachas. Acéptalo. Lo temes. Lo temes aunque te hagas el fuerte. Lo temes porque eres débil y siempre lo has sido. Débil en todos los sentidos. No eres capaz de enfrentarte ni a una rata si la encuentras husmeando en la basura de la zotehuela.

Pero más que a tu propia debilidad, temes a que Pamela te vea débil. En especial ella. Pamela. Tu mujer. ¿Tu mujer? Vaya sentido ridículo de la propiedad. Pamela es mucho más libre que tú y no se jacta de ello. Que no sepa cuánto sufres en camiseta y calzoncillos. Te apresuras a vestir el pantalón Guess, ese que la misma Pamela te regaló en Navidad, y una playera cualquiera. Una guinda lisa. Una negra. Incluso la que tiene el estampado de Depeche Mode aunque ya no los escuchas.

Piensas en bajar las escaleras y meterte en el café de chinos que está junto a la tintorería. Algo te detiene. Esos actos volitivos de Schopenhauer. ¿La falta de apetito? Ocurre cada que discuten. Vuelves al refrigerador, husmeas, no sabes qué extraer de él. Empujas la puerta y la goma al contacto con el metal hace un crac que queda rezumbando en tu mente. Vas al sillón verde de la sala y te sientas. ¿A qué? A esperar. ¿Esperar qué? ¿Esperar a que te dé hambre? ¿A que llegué el día en que mueras? ¿Esperar hasta aburrirte? No. La verdad es que esperas a que Pamela dé señales de vida. Has establecido una relación de dependencia con ella. Una relación de querencia insalubre establecida desde tiempos remotos. Desde la primera mujer de tu vida. Tu madre. Pero detestas pensar en ello. Te sofoca. Te abruma. Por eso prefieres encender el televisor. Escuchar las noticias del día para ser una gente pensante. Un ciudadano informado. Porque no toleras parecer poco inteligente delante de tu mujer. ¿Ex mujer? Luego de tantos años ella jamás debe de ver tus puntos débiles. Tus puntos flacos. Pero lo más seguro es que prendes el televisor para que te acompañe. Para no sentirte tan solo. Porque no sabes estar solo. Y sobre todo no sabes estar sin Pamela. Así que de no estar ella te haces acompañar de una caja de resonancias que te ofrece imágenes y sonidos ocurridos en otro tiempo y otro espacio distinto al tuyo. Es eso, o los extraños ruidos. Sobre todo, los nocturnos. Los matutinos como sea los toleras. Pero los nocturnos son aterradores. Te hace recordar aquella época en la infancia cuando debías dormir con la luz encendida del puro miedo a que el diablo viniera a ocupar tu mente. Te recuestas sobre el sillón verde. Los pies de un lado, la cabeza del otro. Dejas el televisor encendido con un poco de volumen. Que no sea ni tan alto que perturbe, ni tan bajo como para extrañar su ausencia. Llega la hora de recapitular. Sea lo que eso signifique. Los días malos sólo son malos. No tienen otro nombre. Otra etiqueta. Aunque así pretendan los terapeutas y los escritores de libros de autoayuda. A veces llegan de improvisto. Otros se anuncian a penas abrir los ojos. ¿Qué los provoca? ¿De dónde nacen? Nadie sabe. Sin embargo, las tempestades habitan esos espacios que descuidamos.

Levantas el auricular del teléfono. No recuerdas el número de casa de tu suegra. Ya no es tiempo de memorizar. Has de ir por la agenda del celular que has abandonado no sabes dónde.

Sientes pereza.

Con el auricular en la mano, miras la portátil encendida en la página de Google y sabes que las posibles respuestas a la ausencia de Pamela se encuentren en el historial de búsqueda.

En lo que tú googleas. En lo que ella descubrió que tú googleas. Tienes miedo de darle clic. Que ese clic haga crac dentro de ti. Huyes. Vas hasta el sillón verde y te sientas a esperar a que el sol decline al otro lado de las persianas.

Carta del editor

Hola a todos. Siempre siento mucho apuro al llegar aquí y ver el cuadro de autores pendientes. Como algunos, solo por la fecha de envío, vais a ver retrasada vuestra publicación. Como podéis comprobar en este número he metido obras largas, que hacen que sea menos representativa del número de participantes al reducirse el espacio para que puedan participar más. también habréis visto que algunos directamente los estamos dando por partes (actualmente 2). Hay un desfase importante, ya que el periodo de recepción de obras fue muy amplio y sois muchos los que queréis veros publicados.

No sobran los espacios donde uno pueda, con interés de la gente, colocar sus escritos y tener una difusión. Incluso aunque tengas redes sociales con seguidores, el algoritmo siempre selecciona solo un mínimo salvo que pagues publicidad, como a veces he hecho. Lo cual quiere decir que es posible otra programación diferente a la telebasura y que estamos mediante las pantallas formando generaciones sin espíritu crítico. Tened paciencia los que seguís esperando. Un abrazo para el camino.

Autores para agosto:

FLORENCIA CUADRA GARCÍA; EDUARDO OMAR HONEY E. CECILIA BARRERA; JULIÁN RINCÓN RIVERA; MABEL SIERRA KARST; JACKIE BOULTON; ALEX VALDENEGRO; SHEREZADA; DAVID BERLANGA; RUBÉN MARTÍN CAMENFORTE; JOSE MIGUEL SÁNCHEZ COLL; EPSILÓN NEWMAN; DANIEL LIBEDINSKY WALERSZTAJN; LEIJAN ARIADNA; FIDEL; IRENE ORTEGA GUERRERO LALESKA CUBA FERNÁNDEZ; FERNANDO MÉNDEZ GERMAIN; LA GALERÍA: MATI; LENA BARLOZ

DANIEL COLLADO AZORÍN

BIOARTIST

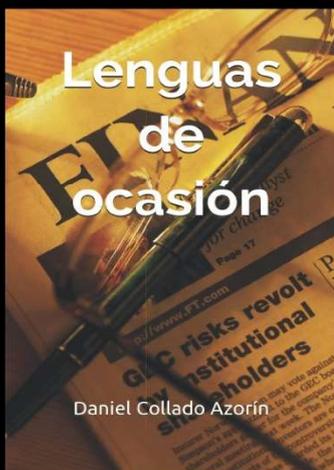
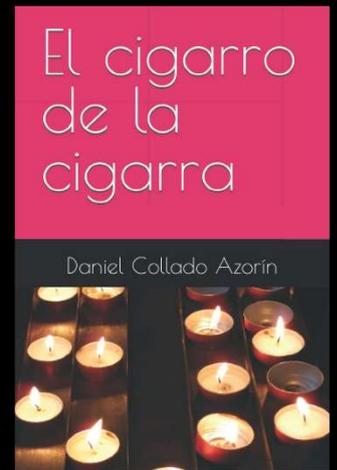
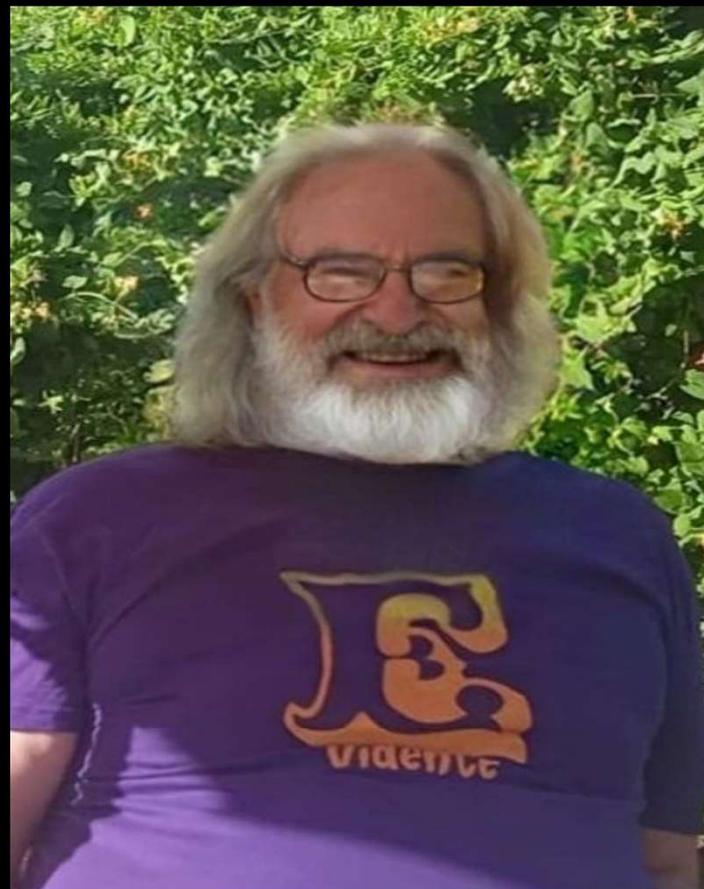
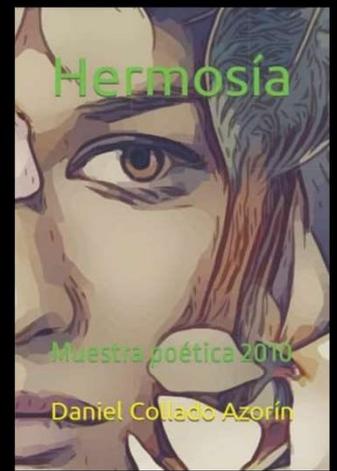
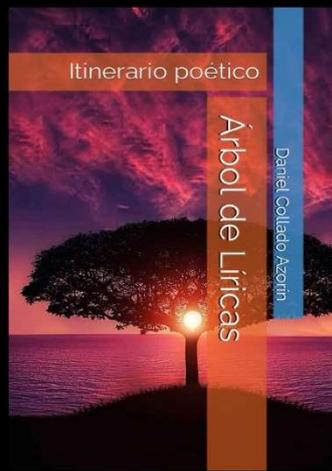
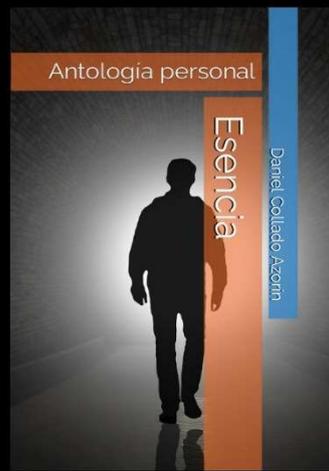
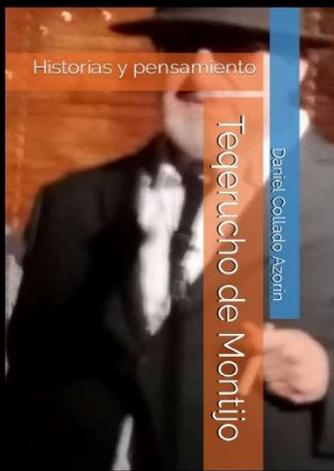
Daniel Collado Azorín nació en Madrid en 1970- Es diplomado en Educación Musical por la Universidad Complutense de Madrid. Es autor de seis poemarios: Ensueños de fría sombra (2012), Universo y corazón (2016), Cuaderno de León (2017), Antiguo, los poemas del cajón (2018), El cigarro de la cigarra (2018) y Alguien está en el silencio (2022). Tiene tres antologías de sus versos: Árbol de Líricas, Esencia, y Hermosía (2023)

En prosa tiene editados un libro de relatos, Todos eran mis alumnos (2007) y una colección de retales periodísticos titulada Lenguas de ocasión (2021). Tequerucho de Montijo (2022) es su tercer trabajo en prosa. Edita la Revista de creación literaria y gráfica Caminante. Ha dado numerosos recitales propios y con otros poetas y participa activamente en los micros abiertos de la ciudad de Madrid. También editó la revista Sentimientos invisibles.

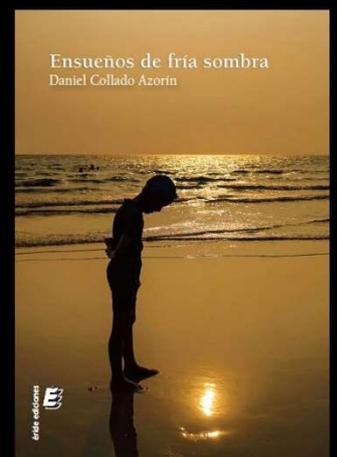
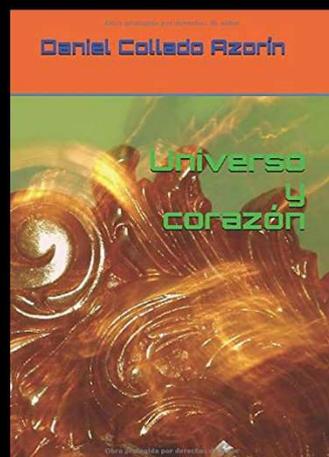
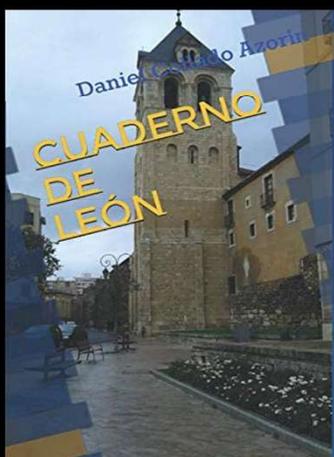
Su página web es

escritordaniel.es





escritordaniel.es



“Lo que a mí me importa es el proceso mismo de pensar. Cuando lo realizo, me siento completamente satisfecha, en términos personales. Y si consigo expresarlo adecuadamente por escrito, vuelvo a estar satisfecha. Me pregunta usted por la repercusión que mi trabajo tiene en otras personas. Se trata — si se me permite ironizar— de una pregunta masculina. Los hombres siempre quieren ejercer una gran influencia, pero hasta cierto punto yo todo esto lo veo desde fuera. ¿Qué su me imagino teniendo repercusión? No, lo que quiero es comprender. Y cuando otras personas comprenden en el mismo sentido en que yo he comprendido, ello me produce una satisfacción que es como un sentimiento de pertenencia.”

Hannah Arendt

Ilustración:
Jessica
Carrasco

